

El taller

El Taller 2016 recopila un ejercicio de escritura que, a partir de los géneros periodísticos, **explora historias que expresan dolores profundos y alegrías simples**, en donde la esperanza y la reconciliación se reflejan en las voces de jóvenes que comparten lecciones de grandeza en un momento en que Colombia busca transformaciones que reivindiquen la importancia del bien común.

CATALINA
GONZÁLEZ
I.E. MADRE LAURA

VALENTINA
CHALA
I.E. CONCEJO
DE MEDELLÍN

MAROLIN
VALENCIA
I.E. SOL DE ORIENTE

JHON FREDY GOEZ
I.E. PBRO. ANTONIO
JOSE BERNAL

DANIEL ÁGAMEZ
I.E. VILLA
DEL SOCORRO

C.
elCOLOMBIANO

Medellín, noviembre de 2016
ISSN 2215 - 9886

El Taller 2016 N° 12
ISSN 2215-9886

Taller de Apoyo a Medios Escolares
Prensa Escuela EL COLOMBIANO
Univesidad Pontificia Bolivariana
Universidad de San Buenaventura

EL COLOMBIANO

Presidente

Luis Miguel De Bedout Hernández

Directora

Martha Ortiz Gómez

Jefe de Comunicaciones y Relaciones Corporativas

María José Jaramillo Berrío

Coordinadora Prensa Escuela

Clara Tamayo Palacio

Universidad Pontificia Bolivariana

Rector

Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Decano Escuela de Ciencias Sociales

Ramón Maya Gualdrón

Dir. Facultad de Comunicación Social y Periodismo

María Victoria Pabón Montealegre

Decano Escuela de Educación y Pedagogía

Guillermo Echeverri Jiménez

Coordinadores Convenio Prensa Escuela - UPB

Facultad de Comunicación Social y Periodismo

Carolina Campuzano Baena

Facultad de Educación

José Mario Cano Sampedro

Universidad de San Buenaventura

Rector

Fray José Alirio Urbina Rodríguez, OFM.

Decana Facultad de Educación

Sandra Eugenia Posada Hernández

Coordinadora Convenio Prensa Escuela - USB

Sonia Guerrero Cabrera

Diseño y Diagramación

Leidy Tatiana Correa Correa

Preprensa EL COLOMBIANO

Diseño, preimpresión y producción

EL COLOMBIANO

Foto de Portada

Jaime Pérez

EL COLOMBIANO

Diseño de portada

Santiago Arrubla

Ilustraciones

Carolina Jiménez Franco

Talleristas Medios Escolares 2016

Universidad Pontificia Bolivariana

Facultad de Comunicación Social-Periodismo

María Elizabeth Gómez Montoya

Programa de Estudios Literarios

Natalia Castaño Quiros

Universidad de San Buenaventura

Facultad de Educación

Melissa Gómez Acevedo

Sara Londoño Villa

Facultad de Psicología

Marisol Zuluaga Marín

Prensa Escuela es uno de los programas de responsabilidad social de EL COLOMBIANO que le aporta a la formación de ciudadanos sensibles y comprometidos con su entorno por medio de la lectura de prensa y la motivación a la escritura desde los géneros periodísticos.

Contribuimos con la formación de lectores con criterio y de productores de sentido con responsabilidad.



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL MEDELLÍN**
Calidad Humana y Profesional

Habilidades comunicativas, una interpretación según Prensa Escuela



Clara Tamayo Palacio

Coordinadora Prensa Escuela
EL COLOMBIANO

En educación se habla de cuatro habilidades comunicativas: escuchar, hablar, leer y escribir. Para Prensa Escuela se quedan cortas y escuetas.

La experiencia con niños, jóvenes y maestros a lo largo de 22 años, nos muestra que le falta hondura a esas habilidades y, a nuestro sistema educativo escolar, una clara determinación para entender que son ellas las primeras, las más relevantes, las imprescindibles para formar seres humanos que se enamoren del conocimiento, sin que él sea el fin último. Habilidades comunicativas que permitan vivir para contar, como diría Gabo. Y contar para ser.

Para Prensa Escuela, a las cuatro habilidades comunicativas se les suma la de observar, una acción que denota sensibilidad para percatarnos del estado físico de los objetos, de los hechos, y del estado emocional de las personas. Un imperativo para actuar asertivamente, con ponderación y compasión.

Y las otras cuatro habilidades las enunciamos desde distintas prioridades: interpretar, para leer más allá de las letras; escuchar, para comprender con todos los sentidos; narrar, para escribir con un propósito; conversar, para desentrañar los por qué de los hechos, para ahondar en alma de las personas, para devolverle la dignidad humana a la capacidad de hablar.

Entonces, el reto ha sido poner estas habilidades comunicativas al servicio de la investigación. ¿Por qué si la investigación escolar gana estatus en los procesos de formación, nos seguimos preguntando por qué los medios escolares no se percatan de ella como fuente de historias? Nos seguimos preguntando ¿por qué se la condena al olvido cuando los resultados no son los que se esperaban? Nos seguimos preguntando ¿por qué investigar y narrar no son los ejes de la educación?, ¿por qué minimizamos el potencial del lenguaje como fundamento del proceso de aprendizaje y de las relaciones humanas? Sin el lenguaje seremos cada vez más una sociedad disminuida en su capacidad de convivencia.

La historia reciente de Colombia sigue siendo el espejo de una educación que le ha dado la espalda al lenguaje como elemento que define al ser humano. Y por eso, desde Prensa Escuela, en compañía de sus amigos y aliados, seguiremos buscando caminos para darle sentido al lenguaje como protagonista de los procesos de formación.

Historias para la formación ciudadana

María Victoria Pabón Montealegre
Directora
Facultad de Comunicación Social
- Periodismo
Universidad Pontificia Bolivariana

Se parte del Programa Prensa Escuela constituye para nuestra Facultad un espacio de gran valor que nos permite traspasar los límites de la Comunidad Académica para contribuir a la formación de niños y jóvenes como lectores críticos que ejerzan una verdadera ciudadanía, que se interesen por los problemas de su comunidad y que deseen cambiar positivamente su entorno, sirviéndose para ello de la creación de los medios escolares como estrategia educativa.

Siendo la academia un aliado importante para propiciar discusiones ciudadanas, Prensa Escuela es el programa en el que converge la experiencia, solidez y conocimiento del periódico El Colombiano, con las reflexiones, investigación y saberes de la universidad. Nuestros estudiantes acompañan, como talleristas, el ejercicio de producir contenidos al servicio

de la comunidad, a partir de los cuales se generan dinámicas de opinión, discusión y movilización social.

Este año se realizaron talleres en colegios de Florencia (Caquetá), Ciudad Bolívar (Antioquia) y en Medellín, esto demuestra cómo el Programa Prensa Escuela crece y afronta nuevos retos, y uno muy importante es superar la mirada instrumentalista que tienen algunas instituciones educativas sobre los medios escolares, que no les permite valorarlos como estrategia pedagógica, donde los estudiantes, padres de familia y docentes pueden tener un espacio de diálogo y participación.

Celebrar 50 años de nuestra Facultad es un momento propicio para resaltar que, en este tiempo, nos hemos caracterizado por tejer redes de sentido y esto se evidencia en nuestra alianza con Prensa Escuela, un espacio donde se manifiesta la responsabilidad que asumimos con la formación de los

futuros comunicadores sociales y de los ciudadanos del país.

Aplaudimos otro año de experiencias y narrativas que restauran la memoria colectiva, que permiten la expresión libre con mucha responsabilidad para proponer y contribuir a la consolidación de un tejido social. Esperamos seguir tejiendo redes y medios con sentido social que propicien ejercicios ciudadanos en los que aportemos para encontrar soluciones para los distintos problemas que aquejan a nuestras comunidades y, sobre todo, promover en los jóvenes la idea de que el cambio positivo está en ellos.

Escuela: lenguaje, comprensión, comunicación

Guillermo Echeverri Jiménez
Decano Escuela de Educación y Pedagogía
Universidad Pontificia Bolivariana

Los procesos formativos de la escuela, particularmente en los niveles iniciales, tienen que ver, de manera transversal, con la escritura y con la comunicación, pues promueven el aprendizaje efectivo de las distintas áreas de conocimiento. Estas dos dinámicas no se circunscriben a la lengua exclusivamente, sino que vinculan la integración de las mismas áreas en una lógica de lenguaje que parte de lo lingüístico y lo reelabora hacia comprensiones culturales, sociales y estéticas.

En efecto, las áreas escolares tienen una indudable base lingüística: cada elemento de referencia y de comprensión tiene su soporte en la lingüística de los distintos saberes; así, por ejemplo, no es posible entender con precisión la geometría si no se conoce lo que es bisectriz (semirrecta que parte del vértice de un ángulo y lo divide en dos partes iguales), o paralelepípedo (poliedro de seis caras, todos paralelogramos). Si un docente de esta área no hace las precisiones semánticas (etimológicas) de estos términos, es posible que los estudiantes poco comprendan de lo geométrico.

De la misma forma ocurre en las demás áreas: es necesario que el maestro tenga finura en el manejo lingüístico

para que sus estudiantes no sumen contenidos sino que alcancen comprensiones. Esta finura es la que permite un logro escolar fundamental: el desarrollo de nociones y definiciones por parte de los aprendices, y supone que la escuela propicie herramientas lingüísticas cada vez más elaboradas para que los estudiantes se apropien de formas del lenguaje afines con los saberes, aunque en los mismos saberes no haya mayor profundidad, pues no hay que olvidar que la finalidad de los primeros años escolares no es la profundización sino la representación de los saberes de una manera precisa.

Ahora bien, la comprensión es fundamental, pero no es suficiente en el marco del desarrollo de la formación escolar en los niveles iniciales. Además, es imprescindible la comunicación, pues aquello que se comprende exige modos de expresión, de exhibición ante los demás en distintos escenarios y ante variadas situaciones o eventos que requieren socialización o exposición.

Sin la comunicación, la comprensión es un ejercicio válido pero insuficiente. La comprensión tiene su potencia en la adecuación significativa, significado, significación, y esta es una ganancia fundamental para la escuela y la sociedad. Sin embargo, la misma escuela tiene la obligación de formar en comunicación como herramienta para que los ciudadanos pue-

dan ingresar al marco social con competencia y capacidad.

La competencia supone, en el presente caso, una exposición adecuada de los saberes, esto es, un ajuste a los requerimientos de comunicabilidad para alcanzar comprensiones compartidas entre los sujetos. Las comprensiones compartidas no son asunto de poca monta en la formación de los ciudadanos, pues en ello se juega la posibilidad de que la sociedad avance sobre escenarios de respeto. Los escenarios de respeto demandan que la comunicación, los medios y los mediadores, tengan conciencia acerca de lo que implica comunicarse.

Para el caso de la Escuela de Educación y Pedagogía, la comprensión y la competencia hacen parte de su intencionalidad formativa, pues una preocupación central de la formación de maestros tiene que ver con la capacidad para comprender el lenguaje de los estudiantes, y así

mismo la construcción de una competencia comunicativa que, desde la expresión lingüística pertinente, adecuada, coherente, cohesionada y correcta, propicia mejores aprendizajes por la vía de la exposición de excelentes modelos de comunicación. En conclusión, la relación con la prensa bien escrita es un componente de formación imprescindible.



Prensa Escuela en la formación de maestros

Sandra Eugenia Posada Hernández
Decana Facultad de Educación
Universidad de San Buenaventura

En la actualidad, son varios los retos que se presentan en materia de formación de maestros y cada vez son más las expectativas sobre su capacidad de respuesta a las exigencias de una sociedad globalizada, con población diversa, conectada a través de diferentes tecnologías que demanda respuestas de corto y mediano plazo que permitan la transformación de las prácticas educativas en la escuela.

Así, desde el compromiso social fundador que nos atañe, en cuanto a la formación de maestros comprometidos con la lectura crítica de la realidad para aportar en la transformación educativa, el programa Prensa Escuela permite a los maestros en formación reconocer otras formas de enseñar y de promover ambientes de aprendizaje colaborativos, en los cuales se parte del reconocimiento de la realidad coti-

diana presentada a través de la información de prensa y llevada al aula en coherencia con los contenidos escolares.

De este modo, los maestros en formación que participan en Prensa Escuela tienen la posibilidad de conocer prácticas innovadoras que, más adelante, podrán implementar en el aula. Y son estas prácticas las que posibilitan que los estudiantes se constituyan en sujetos activos en el proceso educativo, pues el programa ha buscado que se reconozca la voz de niños y jóvenes

como sujetos críticos. Por medio de la formación de lectores con criterio y productores de sentido con responsabilidad, los estudiantes pueden ser más sensibles ante sus realidades para transformar su cotidianidad y asumirse como ciudadanos que valoran la diversidad.

En conclusión, a través de Prensa Escuela, el maestro en formación encuentra opciones para abrir las fronteras de la escuela en un contexto dialógico e interactivo, lo cual permite que su labor en la formación de los estudiantes adquiera más sentido al estar ligada con la construcción de sociedad.



Foto cortesía STEAMakers

La prensa para una nueva pedagogía

“Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres”.

Pitágoras

Sonia Guerrero Cabrera
Coordinadora convenio Prensa Escuela
Facultad de Educación
Universidad de San Buenaventura

El trabajo en el Programa Prensa Escuela convoca a todos sus integrantes desde una preocupación por entender que leemos, escribimos e intervenimos en el mundo de distintas formas. Su vinculación al contexto escolar pretende rescatar la importancia de la educación como formadora de ciudadanos: personas con una postura crítica, que construyen argumentos, y toman decisiones acordes al contexto.

Desde que llegué a este espacio mi concepción de la labor docente se ha nutrido de una perspectiva que considera los procesos de lectura y escritura como prácticas socioculturales. El protagonismo de la prensa en la planeación de las capacitaciones a talleristas y en la ejecución de las diferentes actividades del programa, me permitió evidenciar el potencial de este medio de comunicación como recurso didáctico: el periódico concreta un espacio donde se pueden crear y nutrir habilidades.

De esta manera, pude reconocer el enclave fundamental que representa, ya que en él confluyen los aspectos más importantes para un ciudadano: economía, política, historia, ecología, religión, sociedad; donde el docente, tallerista o afín puede aprovecharlo, pues provee un sinnúmero de oportunidades de reconocimiento del mundo.

A medida que avanzaba este año y tanto las talleristas como los estudiantes de los colegios se esforzaban por narrar sus experiencias y sus aprendizajes, fue cada vez más claro el impacto que en sus vidas dejaba el trabajo con el periódico, no sólo con la posibilidad de confrontar la propia realidad que ofrece, sino también con la oportunidad de actuar y expresar. Además, las investigaciones que los estudiantes realizaron con Ondas y Steamakers tuvieron un nuevo impulso para alcanzar otros niveles de acción, gracias a que el trabajo en las distintas áreas del conocimiento se enriqueció con la utilización de la prensa.

Ahora, al leer los textos de los jóvenes y escuchar sus testimonios, se evidencia el esfuerzo y coraje de los participantes. Como docente me entusiasma encontrar que lograron transformaciones académicas y personales.

Ser parte de este equipo me ha permitido obrar en pro de una educación contextualizada tanto en mis clases regulares, como en las actividades e investigaciones vinculadas al programa. He logrado trabajar en la ampliación de la comprensión del otro, en la identificación de las distintas formas de vida y en el reconocimiento de las diferentes maneras de aprender. La meta es construir una sociedad más tolerante, equitativa y responsable de sí misma, aspectos que con tanta urgencia Colombia necesita recrear y profundizar.



Lectura y escritura: ejes de la formación escolar

José Mario Cano Sampetro
Coordinador convenio Prensa Escuela
Facultad de Educación
Universidad Pontificia Bolivariana

El centro del ejercicio en Prensa Escuela son la lectura y la escritura, temas constantes y recurrentes en cada una de las actividades que se proponen el Programa, pues sin lectura no hay escritura y viceversa. Por eso, Prensa Escuela, en el que participan El Colombiano, la Universidad Pontificia Bolivariana y la Universidad de San Buenaventura, se ha trazado como objetivo: “formar lectores con criterio y escritores con responsabilidad”, y esto lo desarrolla tanto con los estudiantes de las instituciones educativas aliadas al programa, como con los universitarios que son invitados, año tras año, a ser los talleristas que repliquen los conocimientos adquiridos en educación y comunicación en dichas instituciones.

Los talleres, los viajes, las aventuras

Cuando comienzan los talleres en cada institución educativa con la participación de estudiantes y profesores interesados en leer y escribir sus historias, en contar procesos de investigación y relatar sus diversas experiencias, empiezan también las aventuras.

Con los viajes a los diversos colegios de la ciudad se descubren las particularidades de cada institución. Cada una es un universo con distintas lógicas, lo que significa una experiencia diferente. Llegan los sabores y sinsabores, motivaciones y retos para afrontar cada sesión: espacios, recursos, tiempos, asistencia e inasistencia, compromisos y hasta displicencia. En fin, un sinnúmero de situaciones que ponen a prueba el ejercicio del taller.



Poder publicar: El Taller

Así, va llegando el mayor compromiso del programa: acompañar la escritura. Para esto, Prensa Escuela brinda “herramientas” que dan entrada a la reflexión, a la participación y que sirven como referentes para la escritura de los textos; por ejemplo, los géneros periodísticos como: crónica, entrevista, noticia y perfil. Todos estos elementos son clave para que los participantes puedan definir temas: un personaje, una tragedia, la rutina, el descanso; historias que les ocurren.

Es ese el momento para contar lo que ellos viven, el ejercicio de darles la palabra escrita. Y es crucial, pues la escritura es una exigencia en el proceso de formación:

el reconocimiento de las virtudes, de los límites, de las desventajas, la conciencia frente al saber o no escribir, la ortografía, la puntuación, los párrafos, el tener qué decir.

Esta ardua labor es punto de referencia en el último escalón de este proceso, ya que el Programa busca que esa escritura consciente se convierta en una expresión social comprometida que dé cuenta de la realidad que se vive en cada institución.

Al final, este es el resultado, El Taller, una publicación que, año tras año, valida y pone puntos suspensivos, no punto final, a la labor de formar y transformar a quienes se acercan a Prensa Escuela.

Decidir para transformar

Carolina Campuzano Baena
Coordinadora convenio Programa Prensa Escuela
Facultad de Comunicación social- Periodismo
Universidad Pontificia Bolivariana

Decidir siempre es difícil, al menos para mí; aunque es tan cotidiano, cada vez, parece que fuera la primera. La piel no se curte de ese verbo, más bien crea una capa protectora: la incertidumbre. Es que decidir implica dejar algo atrás y acoger a lo nuevo, lo distinto. Y al hacerlo los resultados van marcando un camino.

Esta introducción fue el prelude para expresar que mi llegada a Prensa Escuela fue el producto de una de las decisiones más difíciles que he tomado, ya que implicó elegir mi ruta como profesional, cambiar mis propósitos y apostarle la educomunicación; una línea que no se veía tan cercana cuando terminé mi carrera. Es decir, fue determinante.

Ahora, casi un año después, puedo afirmar que el resultado no fue positivo, pues esa palabra se queda corta para describir lo que ha significado para mí ser la coordinadora de este Programa, por parte de la Facultad de Comunicación social- Periodismo de la UPB. Quizás podría decir que todo se resume en una profunda alegría al poder formar parte de los retos, los logros y, especialmente, del equipo.

Desde la primera reunión tomé otra decisión: entregarle toda mi esperanza a la educación, no a aquella en la que memorizar y ganar exámenes es lo más importante; sino la que se preocupa por la persona; aquella en la que la comunicación es un medio para for-

mar ciudadanos, cuando los jóvenes se apropian de la palabra, cuando saben nombrar el mundo, cuando utilizan la información para argumentar sus opiniones y participar conscientemente de sus realidades, hay una gran ganancia. Y todo eso es lo que busca Prensa Escuela.

Aunque esa esperanza mía se agriete a cada rato al escuchar la desesperanza de los otros, el no rotundo a los procesos de cambio y el sí tajante a la indiferencia frente al dolor de los demás; no dejo de creer. Prensa Escuela ha demostrado que sí se puede tocar la fibra de los jóvenes, allí donde el mundo los ha abrazado y también los ha golpeado; porque ellos tienen algo que decir y de esas palabras que pronuncian llegan las reflexiones y luego las acciones, porque el lenguaje tiene la capacidad de hacer cosas, de transformar. Y eso último, siguiendo a Freire, debería ser el fin de la educación: “la acción del hombre sobre el mundo para transformarlo”.

Ahora Prensa Escuela también está tomando una decisión, difícil como todas, y esta es: cómo encaminar los talleres de formación para lograr eso que planteó el maestro brasileño, para contextualizar la formación que se realiza desde la comunicación y el periodismo con el momento que vive el país. La reflexión continúa pero el trabajo no se detiene. La esperanza renace y se reinventa porque decidir implica también posibilidades y eso es Prensa Escuela y eso es lo quiere abrir para los jóvenes.

Niños y jóvenes, protagonistas de la investigación y la comunicación escolar

Programa Ondas

Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia (CTA)

El Programa Ondas de Colciencias, coordinado en el departamento por la Corporación Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia - CTA, entiende la investigación como una estrategia pedagógica en la que el rol protagónico lo tienen los niños y jóvenes que sienten pasión por el conocimiento. A través del programa se potencian las capacidades de asombro y el reconocimiento del contexto generando soluciones alternativas a distintas problemáticas. Además, se promueve la interacción con compañeros, maestros y comunidad, tejiendo relaciones de conocimiento entre pares mediadas por la libertad, el respeto y la crítica.

Durante los catorce años de implementación del programa en Antioquia se han aunado compromisos y recursos para materializar este ideal, logrando que cerca de sesenta mil estudiantes en aproximadamente 3400 grupos entren en la onda de la investigación

y se conviertan en importantes gestores de cambios sociales, ambientales y culturales, liderando impactos positivos en ciencia, tecnología e innovación en entornos rurales y urbanos de nuestro departamento.

El fortalecimiento de las habilidades y capacidades científicas, sociales y comunicativas de los participantes en el Programa Ondas es el objetivo fundamental del CTA y, para lograrlo, requerimos de aliados que con aportes especializados puedan cualificar a los protagonistas de la investigación escolar.

Al finalizar el 2015 nos acercamos al Programa Prensa Escuela con la certeza de que con su experiencia de 22 años promoviendo acciones de comunicación escolar, podríamos materializar un elemento clave en Ondas: la divulgación de la ciencia y la narración de procesos que transforman el ejercicio investigativo entre estudiantes, maestros y asesores.

Esta alianza partió de la convicción de ambas entidades, de que los niños y jóvenes al generar conocimiento científico viven transformaciones emocionales y en su manera de aprehender el mundo. Lo que tienen por contar de su rol como investigadores escolares es valioso y, por ende, amerita una formación para saber cómo narrarlo, valorando los medios de comunicación escolar como aliados en sus búsquedas y como elementos para generar respuestas.

Con el acompañamiento de Prensa Escuela a dos grupos de investigación escolar en las instituciones educativas Madre Laura y Villa del Socorro, los estudiantes aclararon qué querían investigar, para qué, cómo contarlos, sistematizarlos y difundirlos para lograr una verdadera apropiación social del conocimiento.

Gracias a esta alianza, hoy tenemos investigadores que se reconocen como productores de sentido, personas con capacidad de proponer, cuestionar y expresarse desde sus experiencias, en un ejercicio netamente participativo.



Comunicar para educar: procesos que tejen ciudad

STEAMakers

Algunos de nuestros docentes y estudiantes tienen falencias comunicativas que se hacen evidentes en la construcción de presentaciones, artículos e incluso a la hora de hablar en público.

En este sentido, Prensa Escuela ha ofrecido a STEAMakers la posibilidad de enriquecer los procesos de escritura y narración de los estudiantes que, sin lugar a dudas, fortalecen sus habilidades lingüísticas — escuchar, hablar, leer— y les permiten interpretar y elaborar contenidos para entender mejor sus mundos, expresar subjetividades y potenciar el desarrollo de la sociedad en la que viven.

Y es que las competencias comunicativas, que tradicionalmente han sido un tema pendiente de la educación, tocan la vida de cualquier profesional, por lo que su desarrollo es fundamental para nuestros procesos de transformación escolar y para la consolidación de una ciudadanía responsable.

Así pues, talleristas de Prensa Escuela se dieron a la tarea de formar estudiantes críticos, dándoles elementos del periodismo que les ayudaran a mejorar la manera de presentar sus proyectos, conectarse con el mundo real —ese que está más allá de las aulas de clase— y con sus propias vidas, cotidianidad e historias.

Esta experiencia también llenó de confianza a los jóvenes para reconocer que lo que no se puede contar es porque no se ha entendido; por eso, según los docentes involucrados en esta iniciativa, “potenciar las habilidades comunicativas hace que los chicos puedan ver la importancia de expresar adecuadamente sus conocimientos y que entiendan que hay personas que necesitan aprender lo que ellos saben”.

Brindar a los escolares herramientas para que se expresen mejor es darles la oportunidad de desahogarse para que cuenten sus sentires, resultado que se hizo evidente cuando muchos de ellos “se mostraron como escritores y entregaron textos sorprendentes”.

Textos de los **Talleristas**

Prensa Escuela lo hizo por mí

Natalia Castaño Quiros

Tallerista I.E. Presbítero Antonio José Bernal - Medellín
Estudiante Facultad de Teología, Filosofía y Humanidades
Programa Estudios Literarios
Universidad Pontificia Bolivariana

Tal vez por el hecho de estudiar literatura, o porque simplemente así soy, suelo ser muy observadora de mi entorno y muchas veces me parece que la vida cotidiana es susceptible de ser contada: las conversaciones en el metro, las miradas furtivas de amor y odio en la calle, los gestos de amabilidad inesperados o los insultos, sin embargo, el optimismo que me caracteriza me tenía un poco cegada a las realidades ajenas a mí pero que están ahí, que son el otro lado de la ciudad que siento tan mía y que ni siquiera conozco. Prensa Escuela me regaló eso: el valor de acercarme al otro, en sus tristezas, dudas, alegrías y realidades, compartiendo lo que más me gusta hacer, escribir.

Desde el primer momento que entré al salón 706 del bloque 7 de la UPB supe que estaba en mi lugar, aunque tuviera que correr después de clase, muchas veces sin almorzar, con millones de trabajos y libros por leer, aunque las sesiones fueran larguísimas y viera pasar la tarde del viernes por el cuadrito de la ventana del salón diminuto; las lecciones de los coordinadores, la pasión por sus oficios y por transmitir todo lo que saben, no solo a nosotros sino a los chicos, me contagió.

Yo solía ver la escritura como un oficio mucho más egoísta, acostumbrada a los trabajos académicos con normas de citación, número máximo de páginas y censurando la opinión, esta experiencia no fue solo de formación para los chicos sino que, primero lo fue para mí, acercarme al periodismo fue, sin duda, una de las mejores decisiones que pude tomar en la dirección de mi carrera.

Prensa Escuela me ayudó a encontrar un rumbo profesional que realmente me apasiona, más que leer sobre teoría de la literatura y analizar si un texto incluye o no la posición del autor, pasé a escribir mis propios textos, con opinión, con ganas, con interés. Sufrir realmente el proceso de escritura, compartir con mis compañeros de disciplinas muy diferentes y acoger las críticas me hizo crecer, como persona y escritora.

La experiencia como tallerista en los dos colegios en los que participé realmente me formó, en cada taller me enfrenté con el reto de llegar a los chicos, de realmente llamar su atención y que se interesaran por contar sus historias. Llegar al colegio Madre Laura a subir la loma que lleva a los salones, pedir la llave del salón y saludar, era una rutina que me sacaba de mi semana académica de estudiante de Literatura y me ponía en un papel completamente diferente, tenía miedo de no caber dentro de las expectativas de una tallerista, de no ser capaz de ha-

blarles de manera fluida, que les llegara; sin embargo, todo se redujo a mirarlos, atentos y curiosos, a escucharlos llamarme "profe" por primera vez: -¿A qué les suena Prensa Escuela? -iProfe pues Prensa a un periódico y Escuela pues al colegio!

Después de esta experiencia ya quiero ser "profe" cuando me gradúe, de verdad quiero serlo, Prensa Escuela no fue solo una especie de práctica por la que pasé sino que me dio una dirección, me amplió el panorama de mi carrera. Ahora, después de esta experiencia aprendí que no es fácil y valoro mucho la labor de los profesores que se preocupan por guiar y apoyar a los chicos en su proceso formativo, esto lo aprendí en la Institución Educativa Antonio José Bernal con los profesores que me acompañaron todo el tiempo en los talleres. Ellos me enseñaron que es valioso preocuparse por ellos, que es importante mostrarles que el mundo no es solo el camino de la casa al colegio ni que se reduce a los problemas de dinero y familiares, que son duros, que me impresionaron y que lograron plasmarlos en sus escritos; yo quiero ser parte de esa posibilidad de superación desde la educación en la que creo, la que los complementa y los hace crecer.

Subir lomas y millones de escalones para llegar a los colegios, siempre con el miedo de ir tarde que me caracteriza; escribir textos para entender lo que les iba a transmitir, sacar de mi tiempo, ampliar mis horizontes; todo esto no lo hice por Prensa Escuela, Prensa Escuela lo hizo por mí. Lo agradecí cada vez que aprendí algo diferente a la escritura académica, cuando pude escribir desde mi voz y descubrí que es fuerte y tiene potencial, cuando tuve fe en cada uno de los chicos que estuvieron en mi taller, cuando los vi dejar por un momento sus celulares y distracciones y sentarse a escribir con interés una historia, y los profes detrás, con la boca abierta, de lo increíble que se veía semejante panorama. Se acaba mi experiencia en Prensa Escuela que, para mí, fue la puerta a mi futuro como educadora, estudiaré más y me formaré, a partir de este proceso, porque creo en mí y en el poder de la educación para el futuro de mi país.



Marisol Zuluaga

Tallerista I.E. Sol de Oriente - Medellín
Estudiante de Psicología
Universidad de San Buenaventura



Arriesgarse, intentarlo y dejarse sorprender



Miércoles 29 de agosto de 2016. Me levanté casi 20 minutos antes de que la alarma cumpliera su función esa mañana, con el fin de ver si todo estaba en orden: ¿textos? listos, ¿periódicos? listos, ¿diapositivas?, preparadas; me paré en la ventana de mi cuarto a ver el clima que me acompañaría en mi primer día de talleres, en efecto, estaba más calmado que yo, quien desde la noche anterior tenía una mezcla de alegría, susto e inquietud por lo que sería aquella nueva aventura: ser tallerista de Prensa Escuela.

Usé todo el Sitva, Sistema integrado de Transporte del Valle de Aburrá (alimentador, metro, metrolús y cuenca) para llegar a la Institución Sol de Oriente en el barrio Enciso, más por la ansiedad que me generaba la posibilidad de perderme intentando llegar a un nuevo lugar, que por verdadera necesidad. Y luego de casi dos horas de salir de mi casa un tanto afanada, me encontraba allí, en frente del colegio, más grande de lo que se percibía en las fotos que la coordinadora nos facilitó semanas antes para ubicarnos mejor.

“Bueno, es hora” me dije, y junto a mi compañera ingresé a la institución en busca de los rostros con los que emprendería uno de los viajes más valiosos que, como profesional en formación, he podido tener. Aún recuerdo la inamovible puerta metálica del grupo 11º1 y la inmensidad de aquel recinto, donde la voz fácilmente se me perdía

ante la cantidad de ventanas abiertas que rodeaban el salón. Allí estaban, casi 30 estudiantes expectantes, con miradas llenas de preguntas, incertidumbre pero sobre todo, de sueños.

Había repasado durante todo el camino la manera en que iba a saludarlos, y el itinerario de aquella sesión, pero un “profe ¿le cuento una cosa? yo quiero ser periodista cuando salga del colegio, gracias por haber venido a enseñarnos” me desarmó y cambió mis planes, y fue ahí cuando supe que lo valioso de este proceso sería, dejarme sorprender por aquellos chicos, que traían el deseo de poner en la palabra las innumerables vivencias por las que pasaban, de immortalizar en letras lo que los agobiaba, los motivaba o los alegraba. El reto entonces, era arriesgarme junto con ellos, lanzarnos deseosos y seguros al viaje que implica pensarnos, imaginar, avanzar, retroceder e intentarlo.

En este viaje, hubo días difíciles, pero también otros cargados de motivación, en los que llegaba a casa pensando en cómo podía acompañarlos mejor en este proceso desde mi saber. Y días en los que el orgullo frente a sus logros rebosaba el significado de las palabras. Con el tiempo comprendía que de eso se trataba, de intentarlo cada vez, de permitírnos ensayar, explorar, inquietarnos, preguntarnos, fallar, pero también acertar y así, ese lugar del supuesto saber, con

el que muchos llegamos a ese primer encuentro casi de manera automática, se fue extrapolando a uno donde el acompañamiento desde el ser tuvo más sentido; les ofrecía mi experiencia y conocimiento y a cambio recibía sus vivencias, sus propias conclusiones del mundo y la realidad que los circundaba; encontrando allí, no solo estudiantes convocados por el deber, sino seres de carne y hueso capaces de convocar a la palabra para relatar un universo interno lleno de preguntas e inquietudes. Y así se pasaron las sesiones, las semanas, el tiempo volaba y los aprendizajes, uno tras otro, iban encarnando mi cuerpo, ampliando mi forma de ver y percibir el mundo.

Ahora, casi tres meses después de nuestro primer encuentro, mientras me siento a leer los textos finales, me doy cuenta de que la intensidad de aquella ansiedad del primer día no tiene comparación con la satisfacción y alegría que siento hoy ante los retos que superaron, los logros que alcanzaron y los aprendizajes que estos chicos me dejaron como profesional, tallerista y persona.

Textos de los Participantes

La vez que dejé la tierra para explorar el cielo

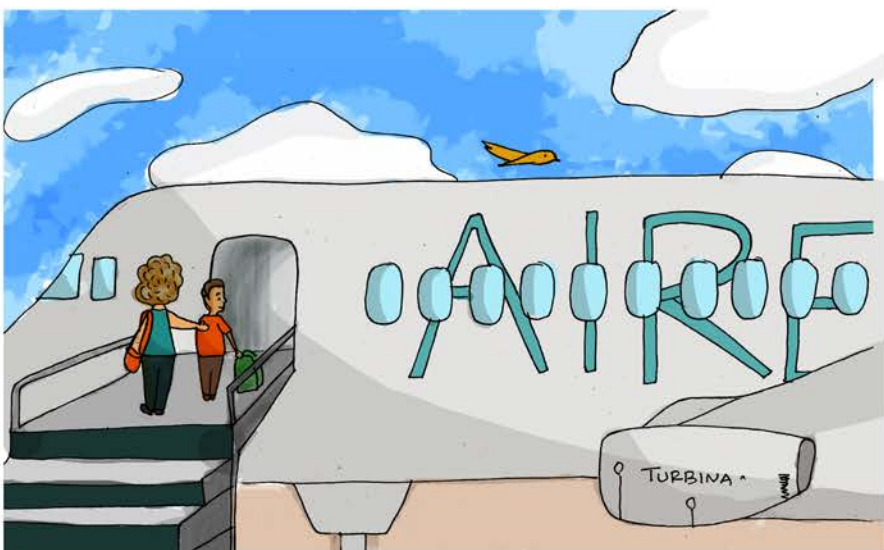
Diego Alejandro García Correa

Institución Educativa Juan Bautista Migani

Tallerista Carolina Campuzano

Universidad Pontificia Bolivariana

Florencia- Caquetá



Todo comenzó una mañana cuando me estaba alistando para ir al colegio. Mientras observaba el crepúsculo de camino al aula de clase pensaba que me estaba volviendo amargado, que mi vida se convertía en una rutina: me levantaba, iba al colegio, regresaba a mi casa y almorzaba, después solo esperaba a que la noche llegara y así sucesivamente. Estaba desperdiciando el tiempo.

De pronto, me di cuenta de que ya estaba sentado en el salón. Fue una de las mañanas más largas y estresantes de mi corta vida, así que decidí que tenía que tomar un descanso, unas vacaciones. Ya era medio día, salí de la institución y rápidamente, como si Dios hubiese escuchado mis súplicas, mi querida madre me avisó que íbamos a tomarnos unas pequeñas vacaciones lejos. Y aunque me encanta la idea de viajar, había algo que me preocupaba y me ponía nervioso: subirme a un avión, dejar la tierra y explorar los aires colombianos, un mundo desconocido para mí. Por eso, toda la semana no dejé de pensar en el interesante viaje.

Llegó el día, ya era la hora, tomamos un taxi y le pedimos el favor al conductor de que nos llevara al aeropuerto de Florencia, Caquetá, donde vivo. Llegamos y las horas fueron pasando, el tiempo ya no jugaba a mi favor. Mi madre y yo estábamos

sentados en las sillas de la sala espera cuando escuchamos una voz aguda que decía:

"Pasajeros del vuelo con destino a la ciudad de Santa Marta, por favor ingresar a la plataforma".

Poco a poco nos fuimos acercando más a la aeronave, pasaron solo unos segundos cuando ya estaba dentro del avión. Yo me senté al lado de la ventana ovalada y nos pidieron ajustarnos el cinturón de seguridad. El avión alzó vuelo. Cada vez estábamos más lejos del hogar de las hormigas.

Todo parecía normal cuando, repentinamente, ocurrió una turbulencia. Fue una experiencia que no le deseo a nadie porque sentí que todo ya iba a terminar y que no volvería a ver a mi mascota. No lo sé, pero en ese momento era lo que más me dolía. Cuando todo se calmó, yo estaba muy feliz pues, aunque no sea algo del otro mundo, para mí fue el fin. Así, lo que empezó como una preocupación terminó siendo una meta superada.

Hoy que estoy sentado con un grupo de personas con el fin de compartir historias, me dije: ¿Por qué no contar lo que me pasó?

Mi historia tiene una página negra

Jorge Eliécer Urrego Sabogal

Grado Noveno

I.E. El Chairá José María Córdoba

Tallerista Carolina Campuzano

Universidad Pontificia Bolivariana

Cartagena del Chaira –Caquetá

Mi nombre es Jorge Eliécer Urrego Sabogal, tengo 16 años. Nací en la vereda La Esmeralda, del municipio de Cartagena del Chairá, Caquetá, el 20 de enero del 2000. Soy estudiante de noveno grado de la Institución Educativa El Chairá José María Córdoba. También soy el quinto de seis hermanos.

Quando tenía la edad de un añito vivía con mis padres y mi hermano menor, éramos muy felices en la vereda, pues era una tierra tan hermosa como las flores, por su aire puro, el ambiente de felicidad y paz, los atardeceres rojizos en los montes y llanuras y los afluentes cercanos, de los cuales no recuerdo sus nombres. Y claro, los animales salvajes como boas, tigrillos y monos, así como los que teníamos en mi casa: vacas, caballos y gallinas.

Un día inesperado llegó un grupo armado, las Farc, a arrebatarnos la felicidad que teníamos en la familia. Ellos nos expresaron de forma violenta que debíamos abandonar inmediatamente ese lugar.

Cuentan mis padres con tristeza que ellos debieron abandonar su hogar en una camioneta de servicio público, la cual nos llevaría a la parte urbana de Cartagena del Chairá. Sólo les dio tiempo de llevar algunas pre-

das y a nosotros sus hijos, ni siquiera pudieron despedirse de la tierra que nos había dado todo: alimentación, sustento y vivienda.

Este desplazamiento forzado fue una experiencia amarga, pues debimos comenzar de nuevo, aceptar el destino de vivir en un lugar donde no conocíamos mucho a las personas que allí habitaban. Esto lo afrontamos en familia, esta transición ya la pasamos y ahora estamos bien.

En ese entonces era un niño y no alcanzo a recordar tales situaciones, pero sí sé que han marcado mi vida, pues mis padres nos cuentan el sufrimiento y las dificultades por las que han pasado como problemas económicos, intrafamiliares y sentimentales. Por ejemplo, nos han tocado discusiones entre mi madre y mi padre, también debo decir que no es fácil encontrar empleo, y muchas veces no pagan a tiempo el salario que ellos se han ganado con tanto esfuerzo al realizar labores domésticas y oficios varios.



Aunque mis padres solo estudiaron la básica primaria y ninguno pudo terminar el bachillerato por la falta de recursos económicos, ellos se esfuerzan en lo que pueden para que construyamos nuestro proyecto de vida, apoyado en la educación integral, tanto académica como personal, para ser útiles a nuestro país independientemente del contexto donde vivamos.

Pero también llega a lo más profundo de mi alma que, a pesar de tanto dolor y lágrimas amargas, no hemos dejado de sonreír a la vida y ellos nos han impulsado a seguir adelante, educándonos como personas íntegras para tener un buen futuro y desafiar las adversidades de la vida.

Así es mi vida hoy

Hoy vivo en Cartagena del Chairá, un lugar pequeño y que no tiene demasiados habitantes, pero es tranquilo y me da la oportunidad de conocer la cultura e integrarme a ella. Además, este pueblo me ha brindado hasta hoy las noches más hermosas, los cielos más estrellados y el cántico apacible de grillos y aves nocturnas. He visto amaneceres y atardeceres más espectaculares que en la ficción, con sus colores amarillos y naranjados que me dan un sentimiento de gozo y fortaleza. Por eso me gusta tanto este pueblito, porque me ha brindado toda la belleza de la naturaleza.

Conocer la capital de Caquetá, Florencia, ha sido un triunfo para mí. También lo ha sido integrarme a dos proyectos en mi colegio: el periódico escolar y el taller de fotografía.

El proyecto del periódico escolar me ha dado la oportunidad de contar mi historia y las historias de los demás, así como comprender la importancia que tiene la información; por eso, sé que si sigo en este camino dejaré una huella como Jaime Garzón y otros grandes del periodismo colombiano. Y sé que lo puedo lograr pues siempre tengo presente una frase que nos dice nuestra madre: "el que se esfuerza tiene su recompensa".

Cuentan mis padres que la casa y las tierras de La Esmeralda fueron vendidas a un amigo de la familia, hoy en día solo quedan las bases del hogar que habitábamos. Ellos argumentan que no quisieron regresar a ese lugar, puesto que nuestro desplazamiento implicó tomar una dedición radical: comenzar una nueva vida.

Con la historia de mi familia he aprendido que por muy difíciles que sean los momentos de nuestra vida, no debemos aceptar la derrota ni envenenar nuestra alma, porque todo cambio tiene un nuevo comienzo. Mi invitación es a que hagamos de cada día una experiencia inolvidable.



El robo de la felicidad

David Alejandro Grajales Gaviria
I.E. Villa del Socorro
Grado Noveno
Tallerista Carolina Campuzano
Universidad Pontificia Bolivariana

Mi abuelo, David Grajales, fue una persona de buen corazón que me quería demasiado, era de ojos café claro, de baja estatura, tenía un cuerpo delgado y se destacaba por su gran sentido del humor. Su esposa falleció cuando mi padre apenas tenía 14 años y eso lo marcó por el resto de su vida.

En una noche tranquila se encontraban todos en la casa de mi abuelo, en Abejorral, Antioquia; al pasar las largas horas de la noche todo se puso tenso, pues hubo una visita inesperada. **Tocaron la puerta y perturbaron el sueño de los que allí se encontraban: mi abuelo con sus dos hijas y su hijo menor.**

Era la guerrilla, que llegó para traer una gran tristeza a sus vidas, pues sin importarle nada sacaron a mi abuelo para asesinarlo a solo unos cuantos metros de su hogar. En la casa, sin saber qué hacer, solo pudieron esperar hasta que todo estuviera seguro para salir. Cuando pudieron ir a socorrerlo, ya nada se podía hacer porque mi abuelo no tenía signos vitales.

Las hermanas de mi padre, desesperadas, llamaron al batallón para darle la triste noticia, pero allí no fueron capaces de decirle lo que pasó y más bien decidieron darle un día libre. Mi padre, muy feliz, llamó a mi madre para contarle entusiasmado que la iba a visitar; sin embargo, mi madre con un gran dolor le dijo, con un tono de voz muy doloroso, que si no sabía lo sucedido. Él, sorprendido, le preguntó rápidamente qué había ocurrido y ella

con tristeza le contó. Mi padre se derrumbó y sintió gran rencor hacia la guerrilla que le había robado su felicidad, porque la muerte de mi abuelo, al cual amaba con su vida entera, devastó.

padre no es una persona totalmente feliz y ha tenido un vacío, el cual no ha podido llenar por su rencor hacia las personas, las enfermedades y las circunstancias, que se han llevado a sus seres más queridos y valorados.

Ojalá mi padre algún día logre ser un hombre plenamente feliz, que se libre de todos esos odios y rencores que alberga en su corazón y que disfrute más la vida con quienes continuamos presentes.

El susto

Darlan Stuar López Legarda
I.E. Presbítero Antonio José Bernal- Medellín
Grado Noveno
Tallerista Natalia Castaño
Programa de Estudios Literarios
Universidad Pontificia Bolivariana

Me acuerdo que fue un 10 de diciembre, era de noche y un poco tarde, mi primo y yo estábamos juntos y nos dio por salir a la calle, nos sentamos en unas gradas y él empezó a contarme una película llamada "Talento de Barrio". Unos minutos después de él estarme contando la película, vimos unos roqueros, borrachos o quizá drogados, sólo los miramos y él me siguió contando la película que estaba muy interesante.

De repente, los roqueros estaban al lado de nosotros y nos dirigieron la palabra, mi primo y yo nos miramos asustados y lo único que hicimos fue correr. Me acuerdo de que tenía unas chanclas puestas y desde ese día no volví a saber de ellas, del susto no me acuerdo dónde se me cayeron, solo sé que llegué a la casa y aunque no nos pasó nada, estábamos pálidos. Al vernos así, mi mamá y mi tía nos dijeron: - ¿Qué les pasó?, ¿por qué llegaron así todos asustados? Y usted, Darlan, ¿qué hizo las chanclas?

Al escuchar esto, mi primo y yo, lo único que hicimos fue reírnos por cómo reaccionamos. Ya han pasado cuatro años y este es el momento en que todavía recordamos ese susto de aquel 10 de diciembre.





Catalina González Herrera

I.E. Madre Laura - Medellín

Grado noveno

Tallerista Elizabeth Gómez

Facultad de Comunicación Social - Periodismo

Universidad Pontificia Bolivariana

De infarto morirem

Eran las 2:30 p.m. de un domingo soleado, día del padre. Yo estaba ansiosa por la final de la Liga Águila, en la cual jugarían el Deportivo Independiente Medellín Vs. el Club Deportivo Junior. No veía la hora de salir de mi casa, de llegar al Estadio Atanasio Girardot, más conocido como el Coloso de La Avenida Centenario por los hinchas del equipo rojo. Se llegaron las 3:00 p.m. y dije, ¡hora de irnos!, pero mi hermano Sergio aún no estaba listo, cosa que me dio un poco de rabia y desespero, porque nos cogía la tarde y ya quería estar allá. A las 3:15 p.m. Sergio apenas salía, lo único que yo hacía era apresurarlo para llegar más rápido.

despedí de toda mi familia y les dije que nos apoyaran mucho desde casa, a lo cual mi mamá respondió: "Que les vaya bien, ojalá ganen. ¡Ah!, Cata, que no le vaya a dar un infarto, por favor" En ese momento todos nos reímos y salimos.

Bajamos las escalas del barrio y llegamos a la carretera, esperamos cinco minutos pero no pasaban taxis, nos tocó caminar hasta la otra cuadra, pasaron varios pero ninguno nos quería parar, hasta que por fin uno nos quiso llevar. Nos subimos y Sergio le dijo: "parce, al Atanasio por favor". Emprendimos nuestro rumbo a una nueva ilusión. Íbamos a medio camino, cuando el taxista nos dijo "ojalá ganen, yo soy hincha de Nacional, pero prefiero que el título se quede en Antioquia". Ese comentario me puso más positiva, saber que el rival de patio quería que ganáramos me hizo sentir más orgullosa de mi equipo.

¡Por fin! Llegamos al Estadio, mi padre Héctor me cogió de la mano para cruzar la carretera. Estábamos en el Parque de Banderas, listos para pasar por el primer anillo de seguridad, al lado derecho estaba la fila de mujeres y al izquierdo la de hombres. Mi papá y Sergio mi hermano, se fueron a hacer su fila mientras yo fui a la mía.

Entré y me senté a esperarlos, se demoraron 10 minutos porque la fila estaba muy larga. Mi padre entró, pero a Sergio no lo dejaron seguir porque estaba tomando michelada y no se podían ingresar bebidas alcohólicas. Más ansiedad para mí, pero bueno, se la terminé y entré. Seguimos caminando y pasamos el segundo anillo de seguridad, entramos y ya el Estadio estaba lleno. Mi papá se fue a buscar puestos por los lados de Occidental, donde no llegara el sol, y como no lo logró, entonces fue a buscar por la mitad. Allí nos sentamos y Héctor se puso a conversar con otro hincha, hablaban de la nómina titular, del partido de ida en Barranquilla, de los goles, mejor dicho, de todo lo transcurrido entre el partido en Barranquilla y el de Medellín, mientras a mí solo me consumía la ansiedad y aún faltaban dos horas para que empezara el partido.

- ¡¿Cómo está la hinchada más linda del mundo?!- preguntó una voz en el Estadio, en ese momento sonaban las cornetas, voleaban las banderas y los aficionados gritaban. Empezó esa canción que dice: "no necesito que estés arriba para quererte glorioso DIM". Mientras el Estadio cantaba, mis ojos se aguaron y me sentía feliz de poder estar allí. La voz volvió y se escuchó diciendo "se viene el Equipo del Pueblo" y todos aplaudían y gritaban aún más.

Salieron los jugadores y se dirigieron a la parte de la cancha por nororiental para hacer su calentamiento. La murga comenzó a corear el nombre de cada uno de los jugadores, titulares y suplentes, ninguno se quedó sin ovación; calentaron 15 minutos y se devolvieron a los camerinos.

-Si Marrugo fuera mujer, yo le daría un hijo- comentó un aficionado que se encontraba en la parte de atrás. En ese momento nos reímos todos.

A las 5:55 p.m. salieron los equipos, se soltaron los hinchas levantaron el plástico para formar un túnel y cantamos "vamos poderoso DIM". Mi piel se erizó y nos poníamos más llorosos. ¡Estábamos a 90 minutos del inicio!

Sonó el himno de Colombia y luego el de Medellín. Cantamos con orgullo de nuestro país y de nuestro departamento. Todo el Estadio cantó a pulmón. Se terminó la primera estrofa, la gente se puso a cantar la segunda, dejando en alto el himno de Medellín. Los jugadores del Medellín se pararon en la cancha y aplaudieron a su hermosa afición. En ese momento pensé: "no son once, somos millones". Sonó el pitazo inicial y los jugadores comenzaron a jugar. Yo me quedé a ver, a dejarlo todo en la cancha. La murga comenzó a cantar este cántico, "Pronto llegará el día de la vuelta". Todo el estadio cantado, creyendo que era el día de la vuelta.

El tiempo pasaba y toda yo era nerviosa, la posesión del balón era mayor para el equipo visitante, hasta que en el minuto 34, Luis Carlos Marrugo hizo un centro espectacular, que rozó la cabeza de Leonardo Castro y aterrizó en los pies de Christian Marrugo, el de las ideas del equipo local. Marrugo sin pensarlo lo clavó a todo el ángulo superior de la mano izquierda, a donde Víctor Ibarra no pudo llegar y... ¡Gooooo!

Todo fue emoción, alegría, más razones para seguir soñando. En ese momento me abrazó mi papá, Héctor, me abrazó, fue el abra-



OS

aron los extintores y
ar el 'tifo' que decía
mis ojos se pusie-
de la gloria!

de Antioquia, lo
de nuestro de-
món, y aunque
continuó con
el pueblo. Los
a mitad de la
ción, en ese
niles". Sonó
ron el par-
ga entonó
a vuelta",
ese sería

ya que
visitan-
Arias
beza
s de
ipo,
ulo
era

s

zo más fuerte que me había dado en toda su vida, en sus ojos se veía la felicidad, las ganas de volver a ver campeón a Medellín. Los minutos transcurrían hasta que se acabó el primer tiempo, el equipo se fue al camerino en medio de aplausos; salieron las porristas a realizar su coreografía, en ese momento los que estaban delante de nosotros sacaron un cartel que decía: "tan solo dos estrellas bastaron para amarte" y esperaron que Cultura DIM les tomara una foto.

En el instante en el que volvió a salir "El Poderoso", fueron muchos los aplausos, soltaron de nuevo extintores y tiraron los rollos. Era una locura, queríamos el campeonato. Fueron unos 45 minutos muy parejos, los dos equipos tenían un ataque excelente y generaban muchas opciones, pero cada uno tenía una defensa muy sólida. Llegó el minuto 80 y la ansiedad me consumía, el llanto empezaba a salir, los nervios se apoderaban más de mí.

Al minuto 90, Junior estaba en nuestro territorio y atacaba cada vez más. Cuatro minutos de reposición, decía el table-ro del árbitro; nadie lo podía creer, en esos minutos podía pasar de todo, más fuerte se volvía la ansiedad, las lágrimas salían con más intensidad y preferí dar la espalda a la cancha, no podía ver aunque tuviera fe. Fueron los cuatro minutos más largos de mi vida. Junior cobró tres tiros de esquina, pero el último fue diferente.



Miraba al cielo y daba la espalda, de pronto la hinchada gritó. Rápidamente volteé, cuando vi a Marrugo con el balón enfrentándose a Juan Guillermo Domínguez y lo escoltaban el ídolo Mauricio "Mao" Molina y Hernán Hechalar. Al observar el arco me di cuenta de que estaba solo y me devolví a mirar a mitad de cancha y vi a Sebastián Viera, no sabía cómo reaccionar, todos gritaban y saltaban, cuando disparo de Marrugo y... ¡Gooooooooo del Medellín, el campeón de Colombia!

Ya dos goles no nos metía nadie, ahí se acababa todo, ya coronábamos. En ese instante solo cogí a mi padre en medio de lágrimas y le dije: "feliz Día del Padre al mejor papá del mundo, gracias por esta herencia".

¡Se acabó! El árbitro dio el pitazo final y mi corazón se reparó, entre lágrimas pude gritar después de siete años ¡Campeón! Se acababa la sequía, la maldición terminó, todos cantaban y lloraban. No lo podía creer, pero era cierto y eso me hizo la mujer más feliz del mundo.

En medio del llanto cerré mis ojos fuerte y grité duro "me dicen el mator soy del Medallo" así, al ritmo de la murga, al abrir mis ojos me mareé, todo me daba vueltas, se me entumecieron los pies y caí, pero me sostuve de mi papá y de otro aficionado que había al lado. Me quedé sentada y no reaccioné, cuando desperté de nuevo, seguí llorando y cantando feliz, feliz de saber que llegó el día de la vuelta.

El texto de Catalina atrapa y engancha al lector desde el título hasta el final. Ella logra recrear cada escena y nos permite imaginar los lugares que describe. Su narración genera tensión y nos transporta al escenario real. Otra gran virtud de este texto es la fuerza con la que recrea las anécdotas.

Catalina nos demuestra que, cuando hay pasión y conocimiento de un tema, se generan más posibilidades de narrarlo con éxito.
Equipo Coordinador de Prensa Escuela

Los sueños se hacen realidad

Juan Quintero Flórez

I.E. Madre Laura - Medellín

Grado Séptimo

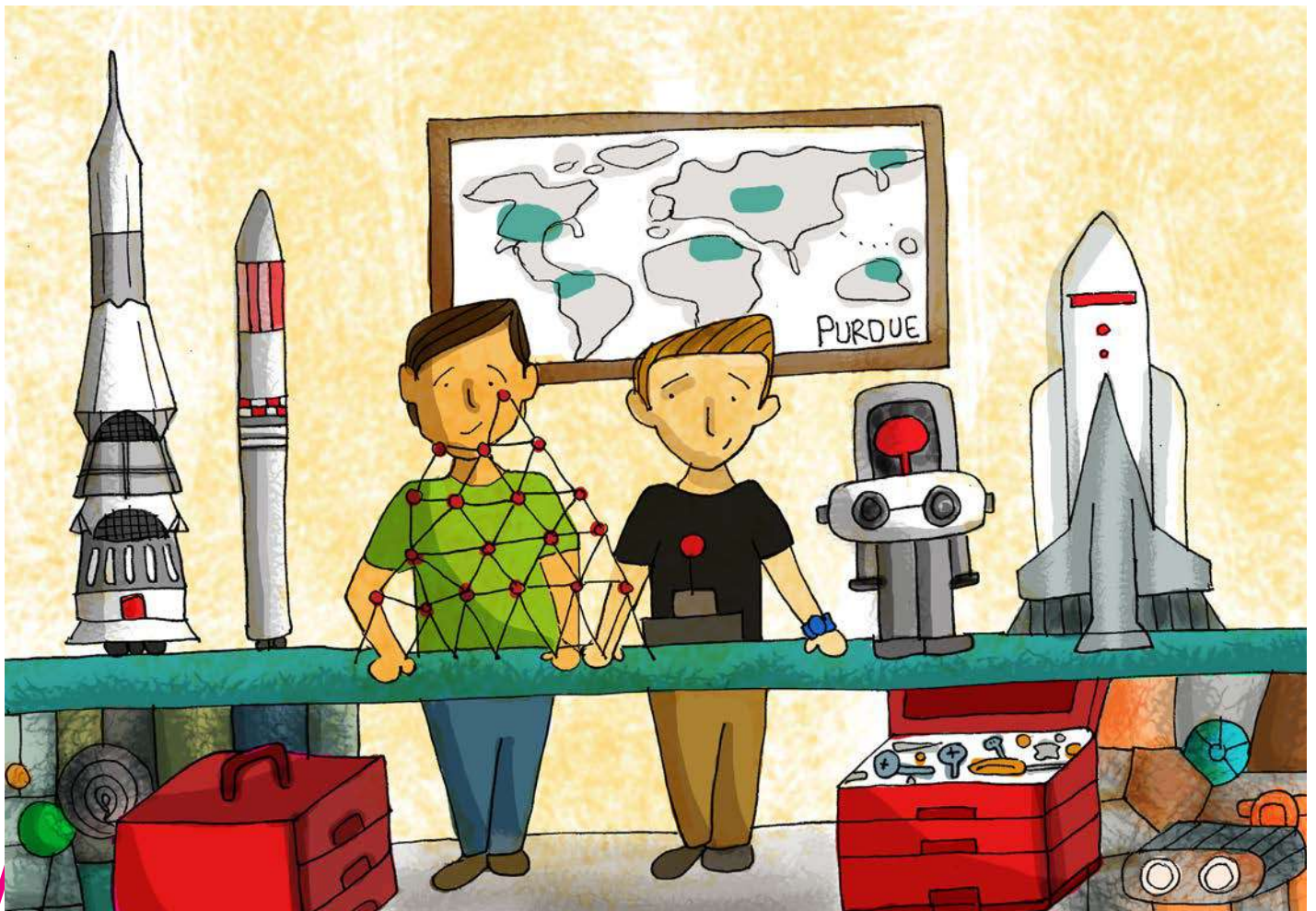
Tallerista Elizabeth Gómez

Facultad de Comunicación Social - Periodismo

Universidad Pontificia Bolivariana

Asesora ONDAS

Isabel Quiroz



Era un día cálido, el sol brillaba y el cielo estaba pintado con un azul deslumbrante, en fin, era un día de verano, pero no como cualquiera, pues estaba en la Universidad Purdue en los Estados Unidos y yo ni me lo creía. Allí me quedaría durante quince días con ocho compañeros colombianos y otros de muchas más partes del mundo, estudiando y conociendo. Llegué a esta Universidad después de estar dos años en un grupo de estudio de robótica y de ser ganador, entre más de 3.000 jóvenes, de un concurso que se llevó a cabo en el evento de clausura Horizontes. Pasamos meses haciendo trámites con la ayuda de un señor alto, amable, con poco cabello y una gran sonrisa, llamado César Pareja y quien además nos acompañó durante nuestra travesía.

Y sí, en aquella travesía compartí desde las seis de la mañana hasta las once de la noche con mis nuevos amigos. Me sentía eufórico y más aún cuando lograba hablar en inglés con Stephen, un joven que vive en Ohio y es de estatura media, pelo rubio y quien llevaba siempre un reloj azul, así como unas gafas negras y gruesas. Con él jugaba ajedrez, compartía historias y se convirtió en mi mejor amigo de otro país.

En Estados Unidos tuvimos clases de ciencia de los cohetes, ingeniería de proyectos, robótica, farmacéutica y también recorridos por

los edificios de ciencia y aeronáutica espacial de la Universidad. También viajamos a Chicago para visitar el planetario y el acuario, así como ver los rascacielos y museos famosos que me hicieron sentir en Tokio. Hasta viví una experiencia que me puso los pelos de punta; pues mientras estábamos en aquella ciudad nos sucedió algo de película: ¡nos persiguió la policía! Todo porque al señor que conducía el carro se le había olvidado encender las direccionales.

Después de vivir tantos momentos y estudiar en la Universidad, llegó otro día inolvidable: el 29 de julio. En esa fecha tuve la mejor fiesta de despedida de mi vida, un baile como los de las grandes películas de Hollywood. Esa noche, con la que más bailé fue Lucía, una niña alta, amable, sonriente, de ojos azules, cabello claro y quien llevaba un vestido hermoso color salmón. Por supuesto, también bailé con Emmy, mi compañera de China, que bailaba excelente; además, con Sindy mi amiga de New Jersey.

La fiesta acabó y la tristeza no tardó en llegar al despedirme de mis nuevos amigos. Me fui a mi habitación con los ojos empapados en

lágrimas y descansé durante dos horas antes de partir. Cerca de la una de la madrugada estábamos saliendo de la Universidad y, para nuestra sorpresa, todos nuestros amigos salieron a despedirnos. Ese fue el mejor regalo que pudimos haber recibido.

Rumbo al aeropuerto de Indianápolis, en una camioneta grande, blanca y muy bonita, nos preparábamos para volver a nuestro país. Hicimos escala en la ciudad de Miami. Cuando llegamos a Medellín, mis padres me esperaban muy entusiasmados, felices y con los brazos abiertos. Abrazarlos de nuevo fue asombroso. También fue impactante ver el sol reluciente, como si nos diera la bienvenida.

En el aeropuerto nos recogió un bus grande que tenía unas flores pintadas en su exterior y me hizo caer en cuenta de que ya estaba de nuevo en mi patria. Cuando nos subimos, no sabía cuál de todas las historias iba a contarle primero a mi mamá, quien se encontraba junto a mi asiento, aunque a la vez, no dejaba de pensar cuándo volvería a aquel maravilloso lugar.



Viaje sin regreso

Daniel Ágamez

I.E Villa Del Socorro- Medellín
Grado Décimo
Tallerista Carolina Campuzano
Universidad Pontificia Bolivariana

Era una mañana del año 2011, yo tenía once años y cursaba sexto en la Institución Educativa Heraclio Mena Padilla. Esa mañana se celebraba el Día de la Afrocolombianidad y mi mamá no quería que yo fuera al colegio. Pero yo quería ir para compartir ese día con mis amigos, por lo que mi madre me dijo: “Bueno hijo, vaya juicioso y apenas salga se me viene”.

Fui al colegio vestido de campesino y me encontraba contento con mis compañeros y más que todo cuando jugaba con la niña que me gustaba, se llamaba Katherine. Ese día me despedí de mis amigos Didier, ‘El Bemba’, ‘Morochó’ y Kevin, y me fui derecho para la casa porque era muy juicioso. Aún no sabía qué iba a pasar. Al llegar, mi madre me sirvió un plato de arroz con pollo, pero era más pollo que arroz y yo era feliz comiéndolo, por eso me comí dos platos llenos.

Cuando llegó la noche de ese viernes 22 de agosto del 2011, mi mamá me sorprendió con una noticia: nos íbamos para Medellín. Ella ya tenía debajo de su cama las maletas con toda nuestra ropa empacada. Yo vivía en Urabá, Antioquia, la parte donde yo vivía era La Esmeralda, allí yo veía mucha violencia y robos; no había día en que la gente no peleara, pero no lo hacían a golpes sino que era con machetes y navajas muy afiladas.

Esa noche nos vinimos para Medellín, junto con mi padre, a los 15 de una prima. Yo estaba muy contento porque estaría casi toda la familia por parte de mi mamá y, además, porque yo

amaba venir a Medellín a visitarlos. Llegamos en el bus de Cootransuroccidente y apenas nos bajamos, cogimos un taxi hacia el barrio Villa del Socorro, cuando llegamos, salí corriendo a saludar a mi abuela. Yo estaba muy emocionado.

Cuando pasaron unas semanas de estar en Medellín, me atreví a preguntarle a mi mamá que cuándo nos devolvíamos para Apartadó. Ella puso una cara rara y me dijo: “¡No vamos a volver!”. Entonces, ahí mismo salí de mi casa corriendo con lágrimas en los ojos porque me dio muy duro haber dejado a mis amistades y a las personas que me vieron crecer desde niño.

Pasaron dos años y yo, de nuevo, le pregunté a mi madre el por qué no nos devolvimos para Urabá. A ella se le salieron las lágrimas y me contó: “A su papá lo cogieron en la salida de donde trabajaba y lo amenazaron, le dijeron que si no se iba para otra parte lo mataban”. Yo comencé a llorar porque era la vida de mi padre la que estaba en riesgo y muy aburrido me fui para una cancha que quedaba en Villa del Socorro a desahogarme.

Siempre me acuerdo de ese día cuando nos marchamos de Apartadó para comenzar una nueva vida en Medellín y dejar todo lo malo atrás, para iniciar de cero.

Un pasito por ondas



Luisa Fernanda Arias Padierna
I.E. Villa del Socorro - Medellín
Grado Décimo
Tallerista Carolina Campuzano
Universidad Pontificia Bolivariana

Capítulo I

Mi trayecto en el grupo de investigación del Programa Ondas de Educación Complementaria comenzó el día 26 de febrero del año 2016, a través de una convocatoria que hizo Carlos Alberto Sierra Quiroz, docente del área de Sociales de la Institución Educativa Villa del Socorro, ubicada en la comuna 2 de Medellín.

En el proyecto participarían los estudiantes del grado noveno, con excepción de algunos alumnos de otros grados más avanzados. A partir de ahí empezamos a formularnos una pregunta de investigación, desde juegos temáticos hasta charlas en el espacio de la biblioteca, el cual se utiliza usualmente para las asesorías que se realizan los martes. Nuestra asesora, Daniela Castañeda Pareja, nos contó más a fondo sobre lo que sería esta travesía en el grupo Gestores de la Imaginación, pues así fue como decidimos nombrar nuestro equipo después de una votación, donde a todos nos pareció que era el nombre que más se ajustaba a lo que pretendíamos hacer y mostrar.

El Programa Ondas se alió con Prensa Escuela del periódico El Colombiano para dar a conocer más este proyecto que se lleva a cabo en varias Instituciones Educativas.

Después de algunas asesorías, decidimos enfocarnos en el tema de la discriminación racial, de género, de tribus urbanas, religiosa, por drogadicción, o embarazos adolescentes, y cómo baja el rendimiento académico con ello, ya que nos pareció muy relacionado con las problemáticas de la Institución.

Principalmente formulamos bien la pregunta de investigación, después decidimos plantear entrevistas escritas (anónimos para comodidad de los

alumnos) y escogimos la Institución Educativa Villa del Socorro, aunque solo en la sección principal, que son 26 grupos, para un total de 52 entrevistados. Las respuestas que obtuvimos fueron conmovedoras y nos dejaron impactados a más de uno.

Capítulo II

Un día escogimos dos alumnos del grado octavo de la jornada de la tarde para entrevistarlos sobre si discriminaban o eran discriminados. Ellos fueron muy cálidos y abiertos con las entrevistadoras Yenifer, Luisa Fernanda y Carolina Campuzano (tallerista de Prensa Escuela); la entrevista fue grabada en audio y este es un ejemplo de las respuestas:

“Para mí la discriminación es hacer sentir mal a las personas de forma verbal y física, las personas discriminan para llamar la atención. A mí no me importa lo que me digan porque si uno es consciente de lo que es, no debe interesarle lo que digan los demás, aunque cuando me discriminan mucho yo sí les doy su golpe, pero si la persona no me hace nada yo no tengo motivos para molestarlo. Alguna vez discriminé a un compañero que le apodaron ‘Tronco’, porque él a veces también me ‘gaminea’, yo le digo ‘Bosudo’ o ‘Bobo grande’ para que no me joda. Dependiendo de la magnitud de la ofensa yo perdono, pero le exijo al otro que no vuelva a molestar tan pesado”.

Capítulo III

Esta experiencia me ha permitido aprender a no juzgar a las demás personas, ni discriminarlas, ya que con esto podría afectarlas en su vida diaria o en su rendimiento académico.

En el Programa Ondas y en Prensa Escuela me enseñaron a enfocarme más en las cosas, no tan solo saber su nombre o algún breve resumen, sino a investigar a fondo, sus raíces y lo relacionado con el tema; aprendí a proponerme más metas pese a los obstáculos, porque de pequeñas cosas se pueden obtener otras aún más grandes. Fue un trayecto interesante para conocer nuevos temas de los que no sabíamos, por ejemplo, que la discriminación abarcaba gran parte de nuestra cotidianidad y que por la investigación que venimos realizando vimos cómo afectaba a todas las personas, aunque en diferente manera.

En el Programa Prensa Escuela conocí nuevas cosas que de seguro me serán demasiado útiles: el redactar bien algo luego de informarme sobre un asunto, escribir crónicas o noticias o presentar proyectos, cosa que por estar en época de estudio me ayudará demasiado.

Ambos programas en un solo espacio de asesorías han hecho que tanto yo como otros estudiantes nos transformemos en unos buenos investigadores. Lo que se espera después de realizar cada actividad propuesta por nuestra asesora Daniela, nuestra tallerista Carolina y el profesor Carlos, es ponerlas en práctica con otros compañeros, para darles a conocer la problemática de la discriminación y buscar en conjunto que esta disminuya, para que, además, se mejore el rendimiento académico en los alumnos de esta y otras instituciones.

Las vueltas de la vida

Miguel Ángel Duque Salazar
I.E. Villa del Socorro - Medellín
Grado Décimo
Tallerista Carolina Campuzano
Universidad Pontificia Bolivariana

Era una mañana del 30 de enero del 2015, el día que empezaban las clases en la Institución Educativa Villa del Socorro, en la comuna 2, al lado de la casa de Justicia y el Centro de Salud, ubicados en el barrio del mismo nombre. A las seis de la mañana abrieron las puertas del colegio para que los estudiantes se dirigieran al patio para saber en qué grado, con qué personas y con cuál profesor les iba a tocar el resto del año.

Una vez empezaron las clases todo se tornó normal, pero había un joven de grado noveno que tenía muchas ganas de estudiar. Él era un joven alto, de pelo castaño, flaco, de 15 años y que tenía un único objetivo: hacer todas sus cosas lo mejor posible para poder ser promovido al tan anhelado grado décimo.

En el primer periodo estudiantil al joven le fue súper bien, de hecho era uno de los mejores del salón, uno de los más atentos, muy colaborador y educado. Pero un día, en una actividad de Sociales, a la última hora de clases, el profesor que era alto, pelón, flaco y que vestía con una camiseta blanca, un bluyín azul y unos zapatos grises, hizo una pregunta: ¿quién quiere salir a leer su trabajo? Aquel joven, sin dudarle, alzó la mano y aunque estuvo un poco asustado al principio después se relajó y empezó a leer lo que había respondido.

De repente, se escuchó otra voz desde la última silla del salón...

-"¿Y eso para qué sirve en la vida?"- preguntó otro joven, costeño, moreno, de pelo negro, alto y flaco, como tratando de dañar la presentación del compañero.

El profesor lo miró y se quedó pensando, pero el alumno que estaba al frente leyendo, se le adelantó y le respondió:

-"No creo que a ti te importe mucho eso, ya que eres un gamín que solo viene al colegio por el refrigerio".

El estudiante que había interrumpido la presentación siempre molestaba a su compañero, le decía que era un nerdo, que él no iba a ser nadie y que el estudio no servía para nada. Además, lo maltrataba físicamente con puños, patadas, estrujones, etc. Eso ponía al joven a pensar y a reflexionar, pues él se daba cuenta que a este compañero en su casa todos los días también lo maltrataban, diciéndole que había sido un error y que no servía para nada.

Desde esa clase de Sociales, el joven fue maltratado aún más por el compañero costeño, quien le propinaba patadas y puños más fuertes. Esta situación hizo que el estudiante juicioso decayera en las materias y que incluso perdiera el año escolar hasta convertirse en un perfectísimo vago.

Un nuevo comienzo

El joven inició el siguiente escolar año de nuevo y pensó: "Yo puedo promoverme, tengo una buena capacidad". Entonces ahí empezó un proceso largo en el cual el joven volvió a ser tal y como era antes y fue capaz de promoverse a décimo. Ya en ese grado, lo invitaron a conformar parte del grupo Gestores de la Imaginación, que coordina el programa Ondas del Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia y Prensa Escuela de El Colombiano.

Este grupo, que se reúne los días martes de 1:30 a 3:30 en la jornada complementaria en la Institución Educativa Villa del Socorro, se caracteriza por ser comprometido y por enseñar muchos valores. Allí, el joven aprendió que no discriminar es mejor y que cuando

te discriminan debes saber decir alto, pero no con violencia sino hablando con los mayores como coordinador, profesor o rector.

Y lo digo porque yo soy el joven de esta historia y quiero que sepan que no hay nada imposible, que nada es infinito, que todo tiene su final y que nosotros decidimos cuál es ese final. Así, después de que fui promovido, mi vida cambió totalmente, pues demostré que era capaz de muchas cosas y, de esa manera, el compañero que me molestaba me empezó a respetar, tanto que hoy somos grandes amigos y compartimos mucho. Cada martes vamos juntos al Grupo Gestores de la Imaginación, donde hemos aprendido a ser mejores personas por medio de los aprendizajes en investigación y periodismo.



Un guerrero inspirado en mamá

Edwar David Zúñiga

I.E. Villa del Socorro - Medellín
Grado Décimo
Tallerista Carolina Campuzano
Universidad Pontificia Bolivariana

Eso de ser un buen estudiante no era lo mío porque, en muchas ocasiones, perdía varias materias y peleaba en el salón de clase. Eso fue así hasta que en un momento de mi vida tuve que ver a mi mamá sufrir al no haber nada para brindarnos de comer, cuando mucho había aguapanela para pasar el día.

Esa situación le dolía mucho, como a cualquier madre le afectaría ver que sus hijos tienen que pasar por esa situación; a mí también me dolió y el ver caer una lágrima de los ojos de mi mamá me causó una sensación de rabia conmigo mismo, porque ella es mi princesa, la mujer que amo de corazón, no por el simple hecho de ser mi mamá y haberme dado la vida, sino también porque ella, aunque no sea la mujer más hermosa, al ser morenita, bajita y muchos digan que es fea, desde que yo estaba pequeño me aconsejaba, me guiaba y luchaba mucho por mis cinco hermanos y por mí.

Cuando era pequeño, insisto, tuve que ver sufrir a mi mamá. Y digo tuve, porque no era fácil verla llorar, y porque yo no sabía qué hacer más que enojarme, pues para mí nunca ha sido ni va a ser aceptable ver a una mujer llorar, y menos a mi mamá. Un día, mientras se me pasaba la rabia, me puse a pensar y a preguntarme: "¿Yo qué estoy haciendo, si digo que amo a mi mamá y no hago nada para verla feliz?" Así que me decidí a curar sus lágrimas con lo único que podía hacer en ese momento: estudiar mucho para que no tuviera más dolores de cabeza por culpa mía.

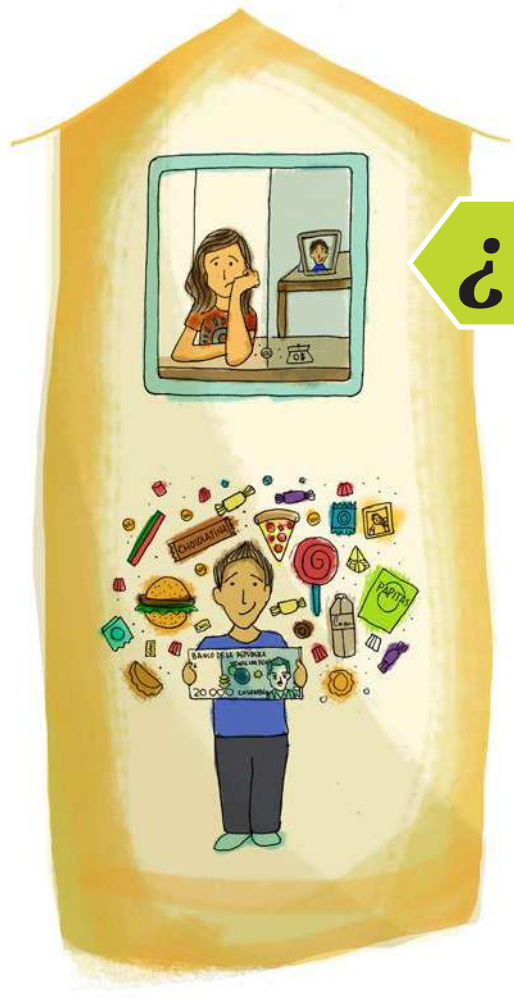
Desde ese momento empezó mi recorrido hacia lo que me planteé como un sueño. Cada día me desperté pensando en mi mamá, en las ganas de sacarla adelante, y desde eso siempre he tratado de ser el mejor en todo lo que la vida me pone para convertirme en el orgullo de ella, dándole a mamá un sentido más, hasta en su nombre, ya que ella se llama LUZ y en eso se convirtió: en la luz que me ilumina cada día.

Aprendí, gracias a las muchas batallas de ella, a nunca rendirme, a luchar por lo que quiero y a tener siempre como meta ser el mejor, para así demostrarle que yo, David, soy un guerrero inspirado en ella, que valora todo por lo que tuvo que pasar y sufrir para ser mi orgullo y lo consiguió de la mejor forma, porque, por ejemplo, como ella no trabajaba, le tocó perdonar muchas cosas del marido, que en muchas ocasiones se fue de la casa dejándola sola con nosotros sin importar qué situación estábamos enfrentando.

A pesar de todo siempre buscó la forma de ser nuestro orgullo y salir adelante con nosotros, por eso cada día le agradezco, porque con mi mamá aprendí que las cosas se luchan con el corazón para que tengan un gran valor y ahora lo que más anhelo es que si en algún momento ella suelta otra lágrima, que esta vez sea de felicidad, una felicidad generada por los frutos que ella sembró en mí.

Mi vida doy por verla sonreír, porque además de ser mi luz, también es la luna y en mi cielo la más grande estrella.





¿Cuánto valen 20.000 pesos?

Juan David Mejía Isaza
I.E. Villa del Socorro - Medellín
Grado Noveno
Tallerista Carolina Campuzano
Universidad Pontificia Bolivariana

Un día, en el 2010, me encontré un billete de 20.000 y lo primero que pensé fue gastarlo hasta que no me quedara nada. En todo el día no fui a la casa, pues me pasé gastando ese billete en golosinas, juguetes y comida. Invité a muchos amigos hasta que solo me quedaron mil pesos. Sin darme cuenta ya era de noche y llegué a la casa, mi mamá estaba

llorando y le pregunté qué le pasaba. Ella respondió que no tenía dinero para la comida, así que yo le di los mil pesos y sentí que había hecho algo bueno. Mi madre me dijo que yo era una buena persona y que iba a ayudar a mucha gente, entonces me puse a llorar porque le pude haber dado esos 20.000 y comprar más cosas. Al otro día no me castigó, pero yo estuve muy arrepentido.

Después de un tiempo, ella me dijo que le molestó lo sucedido, pero estaba feliz porque le conté la verdad, y a pesar de que eran solo mil pesos, se alegró de que hubiera pensado en ella.

Desde ese día toda la plata que he tenido se la he dado a mi mamá y entendí la importancia de pensar en las demás personas y no solo en uno.

Cambio de planes

Marolin Fiorella Valencia Salas
I.E. Sol de Oriente- Medellín
Grado Undécimo
Tallerista Marisol Zuluaga
Facultad de Psicología
Tallerista Melisa Gómez
Facultad de Educación
Universidad de San Buenaventura

Aquel día cambió mi rutina por una noticia que recibí de mi mamá. Afirmaba que debía abandonar a las personas y las cosas que hacían parte de mi juventud porque nos íbamos a vivir a la ciudad de Medellín. Sentí mucha tristeza al saber que no siempre lo que se planea, ya sea a corto o largo plazo, resulta como queremos: la graduación con mis compañeros, la despedida de una institución que un día me dio la bienvenida, todo eso tuvo que quedarse en el olvido.

11 de agosto de 2016, 4:30 de la tarde, aquella adolescente con la misma actitud positiva, seria y divertida de todos los días estaba en la Institución Educativa Rosa Mesa en el portón que daba la bienvenida a los estudiantes. Había cumplido 17 años el 18 de marzo, tenía una estatura de 1.65, piel morena, ojos negros y una sonrisa honesta.

Antes de iniciar el ensayo de una obra, sonó el celular de Marolin con un tono de vallenato romántico. Era una llamada importante. Al contestar escuchó la voz de su tía, a quien considera como su madre, diciéndole: "Nos debemos encontrar para hablar de algo que por celular no debo decirte". Marolin se estremeció, se retiró del lugar y caminó con agilidad en busca de su madre. Al encontrarla, habló de lo inesperado: debían

irse lejos y comenzar de nuevo: estudiar en otra institución y conocer a otras personas con las que se graduaría después.

Marolin se fue sin despedirse. Pasó por su garganta cada palabra no dicha, estaba débil y profundamente triste. Comenzó a hacer malestas a las 8:30 de la noche, mientras recordaba, con nostalgia y con lágrimas en sus mejillas, los planes que antes había hecho. Disfrutaba poco imaginar que viviría en una ciudad que no había considerado para su futuro.

A las 5:00 a.m. tocaron la puerta de su habitación, se levantó para abrir, era su madre con mucho afán de salir. Se despertó con premura, devolvió algunos objetos que no le pertenecían. Intentaba sonreír, pero la tristeza le impedía hacerlo con soltura, agradeció a quienes pudo y se fue.

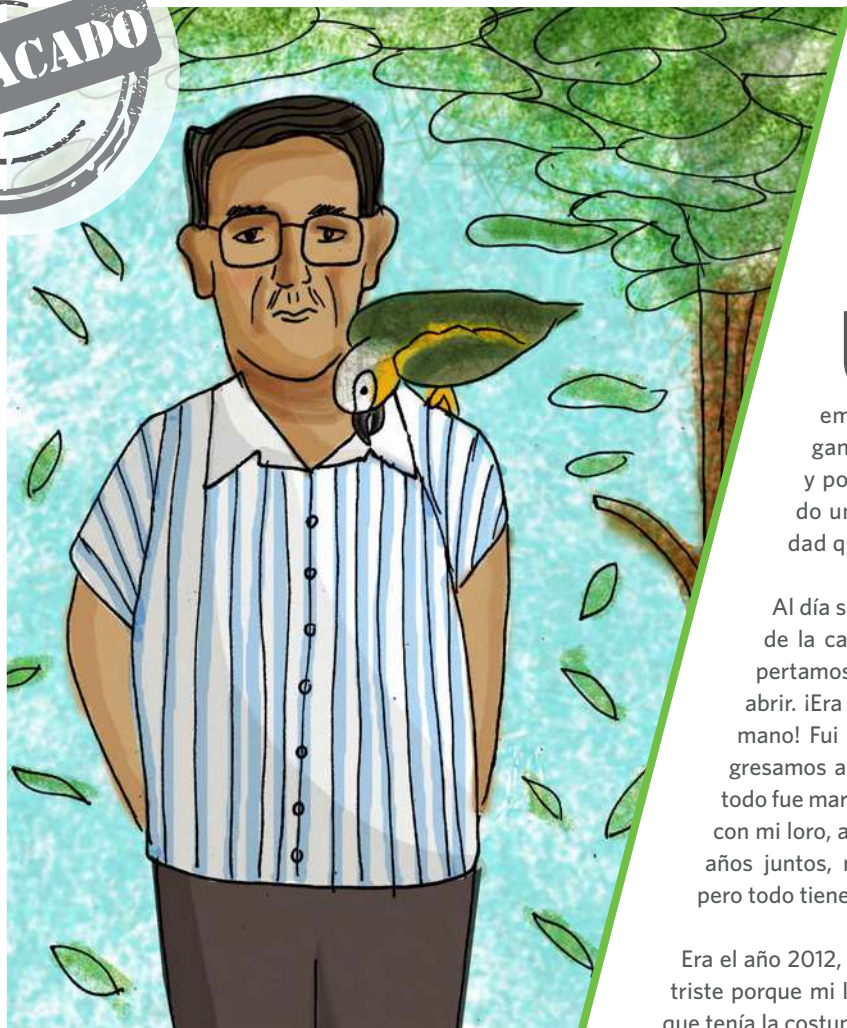
Se fue y con ella se fueron los sueños, la tristeza y los silencios estridentes. A su madre le habían dado un ultimátum para irse, así, sin razones ni justificaciones. Debía irse tan lejos como pudiera, tan lejos como para que aquellas voces amenazantes no la alcanzaran.

Su madre se sintió atemorizada, pero decidió salvaguardar su vida y la de su familia. Esa, una llamada de veinte segundos, cambió el rumbo de todos y los condujo a donde no tenían pensado ir.

Aquella adolescente, de tez morena, ojos negros y sonrisa honesta, sintió el dolor profundo de la ausencia y el destierro. Pero también la esperanza de la paz que, aunque parece efímera, puede construirse, a pesar de que, justo en el 2016, su familia fue desplazada por los intereses de la guerra.



Las sorpresas que trae la vida



Jhon Fredy narra un hecho trascendental de su vida de una manera sencilla y conmovedora. Al final de su historia logra un giro dramático que sorprende al lector y enriquece la narración.

Equipo Coordinador de Prensa Escuela

Jhon Fredy Góez

Grado Noveno

I.E. Presbítero Antonio José Bernal - Medellín

Tallerista Natalia Castaño

Programa de Estudios Literarios

Universidad Pontificia Bolivariana

Un día yo estaba en la casa de mis abuelos, muy emocionado porque había ganado cuarto grado escolar y porque me habían prometido un loro. ¡Era tanta la felicidad que tenía!..

Al día siguiente, tocaron el timbre de la casa de la abuela, nos despertamos y rápidamente fuimos a abrir. ¡Era mi padre con el loro en la mano! Fui a recibirlo, me vestí y regresamos a mi casa. Desde aquel día todo fue maravilloso porque pude estar con mi loro, al que llamé Kike. Pasamos años juntos, momentos súper bonitos, pero todo tiene su final.

Era el año 2012, yo estaba en mi casa muy triste porque mi loro estaba enfermo. Kike, que tenía la costumbre de andar volando por

mi casa, ya no podía ni caminar. Cuando yo me trasnochaba iba a la cocina a sacar algo de comer, él se me montaba al hombro casi siempre, pero desde que estaba mal, solamente silbaba desesperadamente para que lo cargara.

Una noche, a las once, me dio hambre e hice lo de siempre: cogí a Kike y fui a la cocina. Repentinamente, cayó al suelo. Con los ojos encharcados lo recogí, pero yo no entendía que estaba muerto. Luego corrí con él en mis manos a la casa de mis abuelos, apenas toqué el timbre salían con mi abuelo cargado. Mi abuela iba detrás de él, llorando. Yo estaba muy confundido porque no sabía lo que pasaba.

Al día siguiente me enteré de que mi abuelo y Kike habían fallecido. Fue tanta la tristeza que tenía porque horas antes de que mi abuelo muriera lo rechacé. Él me había dicho que lo acompañara esa noche y preferí quedarme con Kike.

La tormenta

Sebastián Vanegas

Grado Noveno

I.E. Presbítero Antonio José Bernal- Medellín

Tallerista Natalia Castaño

Programa de Estudios Literarios

Universidad Pontificia Bolivariana

No recuerdo bien la fecha de esa noche, salí de mi casa alrededor de las ocho con mi patineta, una candela algo gastada, un destornillador y un billete de dos mil pesos arrugado en el bolsillo trasero de mi pantalón. Bajé las escaleras de mi casa que dan a la calle principal y comencé a caminar, miré hacia el cielo y noté que había muchas nubes, entonces me percaté de que llovería, pero no me preocupé. Aún no sabía nada de la tormenta que se acercaba.

Mientras me dirigía a la estación del metro del Popular Uno, soplaron los primeros vientos que, al pasar las horas, se convirtieron en un pequeño pero fuerte huracán. Yo simplemente caminaba sin mirar a nadie, hasta que llegué a donde me encontraría con algunos amigos. Rápidamente los saludé a todos y tuvimos varias conversaciones de diferentes temas por casi dos horas, solo parábamos para montar en patineta.

Un rato después ya estábamos todos aburridos, así que decidimos caminar, lo hicimos durante 30 minutos, la brisa y el viento nos acariciaban. Llegamos a una larga cuadra algo desolada donde, al lado derecho, había algunas casas; al izquierdo, un terreno baldío que

antes había sido un parque del que solo quedaban un par de columpios malos y una banca oxidada.

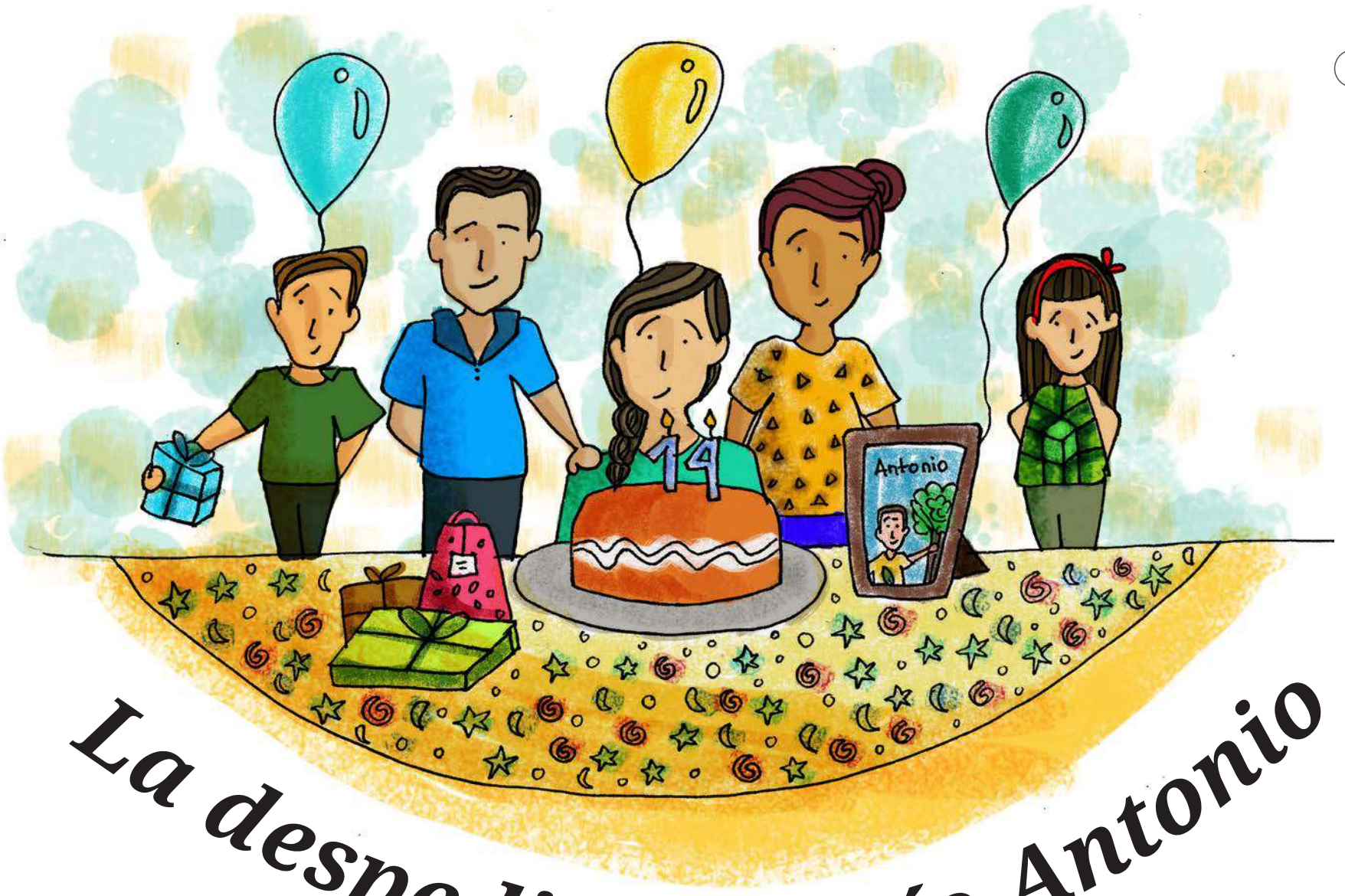
De repente, y sin previo aviso, el viento comenzó a soplar fuertemente y en varias direcciones. El agua caía rápida y bruscamente, también se veían rayos, se escuchaban truenos y granizo. Rápidamente corrimos a refugiarnos en una casa de madera a la que le faltaba la puerta y las ventanas. Por fortuna para mí y mis amigos, la falta de ventanas nos permitió ver un cielo oscuro, una luna enorme y redonda, y varias de las estrellas más brillantes que habíamos visto en algún momento de nuestras vidas. No sé si era real, pero fue lo que todos dijimos.

Esa tormenta, que trajo caos a la ciudad, al levantar tejas y lanzarlas al vacío, al derrumbar árboles y romper los cables por los que pasa la energía lo que causó apagones en varias partes de Medellín, nos permitió contemplar algo que tal vez nunca volveré a ver en esta ciudad.



El texto de Sebastián es simple y se destaca porque da cuenta de una de las habilidades comunicativas que es fundamental para Prensa Escuela: la capacidad de observar. Él describe una escena inusual desde una paradoja: la belleza de una noche profunda que se devela gracias a la furia de una tormenta.

Equipo Coordinador de Prensa Escuela



La despedida del tío Antonio

Margy Suaza

Grado Undécimo
I.E. Sol de Oriente
Tallerista Marisol Zuluaga
Facultad de Psicología
Tallerista Melissa Gómez
Facultad de Educación
Universidad de San Buenaventura

Me encuentro aquí en este cuarto oscuro bajo mis sábanas, pensando nuevamente, tratando de entender qué fue lo que ocurrió aquel día.

Recuerdo que ese 17 de septiembre, mi familia añoraba celebrar mi cumpleaños número trece. Todos nos encontrábamos ansiosos, no solo por mi cumpleaños sino también porque ese día se festejaba el Día del Amor y la Amistad y, a su vez, la bienvenida de mi primo quien se encontraba en el ejército prestando el servicio militar en el Chocó.

Al caer la noche comenzamos a festejar. Mi madre llegó a casa con un pastel, una caja de cerveza, carne para asar y una botella de aguardiente. Todos nos encontrábamos allí: primos, tíos, sobrinos, nietos y unos cuantos allegados. Compartíamos alguna que otra anécdota, risas iban y venían, y uno que otro se paraba a bailar y a brindar. A quien más recuerdo aquella noche es a mi tío Antonio, quien se caracterizaba por ser un hombre alegre, amigable y muy servicial. Él siempre se preocupaba por la tranquilidad de la comunidad, pero sobre todo por el medio ambiente, siempre fue un líder en lo que hacía. Creó un grupo ambiental comunitario llamado Gacpa, el cual creció debido a su gran esfuerzo. Antonio era un hombre lleno de cualidades, es más, era la alegría de nuestro hogar, siempre llegaba sonriente, haciendo morisquetas que hacían reír a mi abuela aún en sus días más tristes.

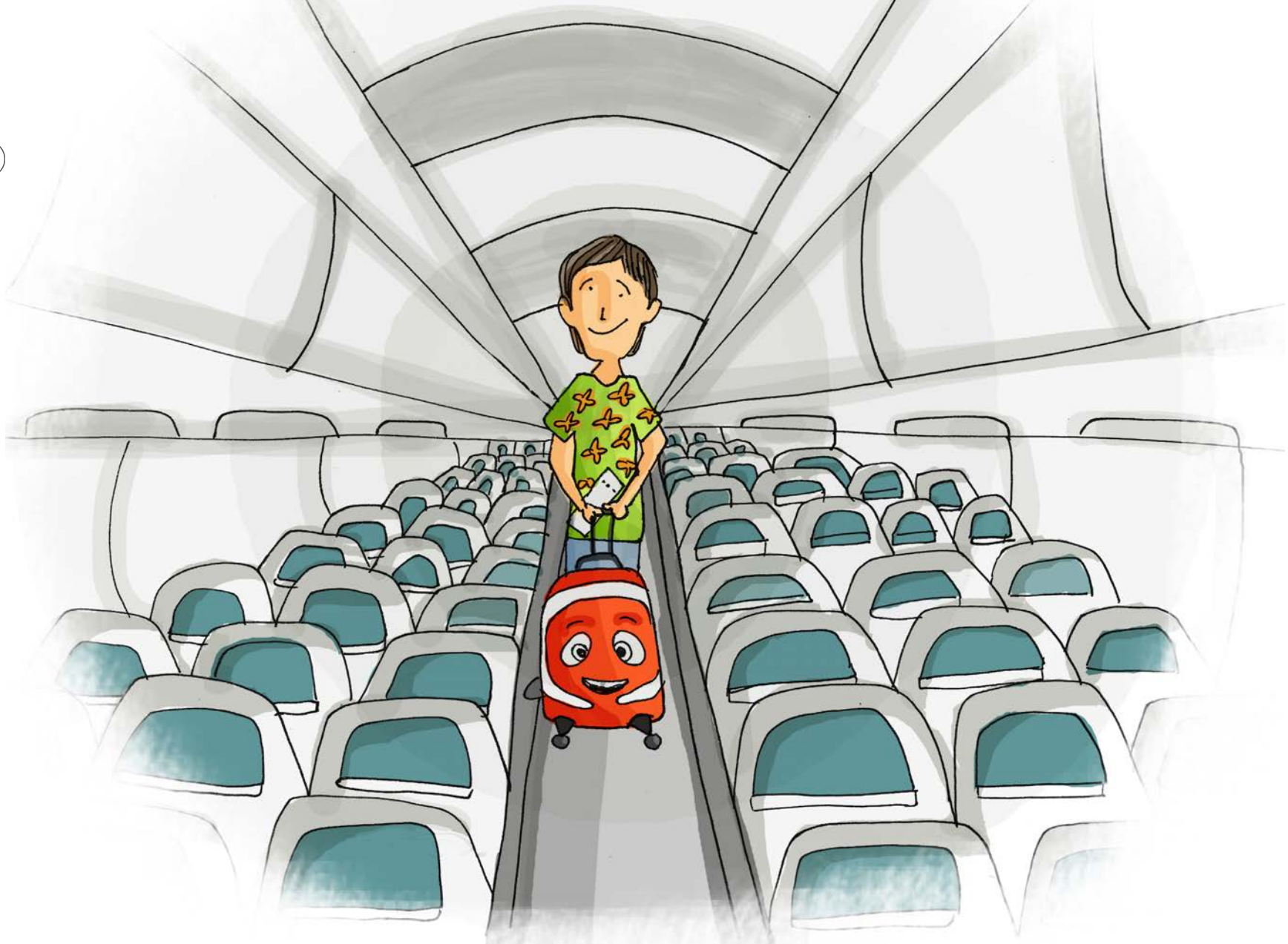
Lo que no imaginamos era lo que iba a ocurrir esa noche en medio de tanta alegría, un suceso que tintaría de gris esta historia.

Cuenta mi madre que, al llegar la media noche, mi tío Antonio me estuvo buscando en las calles del barrio para cantarme el cumpleaños, pues yo había salido un rato a dar una vuelta.

Cuando regresé a la casa, había un alboroto inmensurable, todos gritaban y lloraban, pues a mi tío lo habían matado minutos antes en la tienda - bar de la esquina. Una riña acabó con su vida. Estuvo en el lugar y en el momento equivocado.

Es ahora, cuando tengo tiempo para pensar, que puedo ir a esos recuerdos y percatarme de los detalles de esa noche. Algunos de mi familia cuentan que el tío Antonio, antes de salir a buscarme, se despidió de todos de manera muy emotiva, tanto así que se tomó una copa de aguardiente con su exmujer y extrañamente imploró que cuidaran mucho de sus hijos. Yo no sabría decir qué era lo que le pasaba, si era que estaba pasado de tragos o presentía que la muerte lo acechaba aquella noche.

Aquel suceso me come el corazón poquito a poquito, las celebraciones en familia perdieron su color y mi cumpleaños nunca volverá a ser lo que fue, quedó tintado de un color gris y opaco cada año que lo celebro.



El primer vuelo de Juan

Mateo Quintero Flórez
I.E. Madre Laura - Medellín
Grado Séptimo
Tallerista Elizabeth Gómez
Facultad de Comunicación Social -
Periodismo
Universidad Pontificia Bolivariana
Asesora ONDAS
Isabel Quiroz

Juan, un niño alto, delgado, de ojos oscuros, cabello corto, pestañas gruesas y cejas alargadas, vestía ese día con su ropa favorita. La mañana era cálida y el chico estaba en casa con sus padres. Él recuerda que, en un momento y con un sobre blanco en las manos tras la espalda, su padre le dijo que le tenían una sorpresa, un regalo. Juan muy sorprendido y con ansias lo abrió y su rostro se llenó de emoción al ver que eran unos boletos para viajar en avión. Ellos le dijeron que debían empacar maletas porque viajarían al otro día. Juan no se cambiaba por nadie, estaba muy contento, pues era su sueño más anhelado. Al día siguiente se levantó más temprano de lo común, siendo las 6 a.m. cuando el sol apenas asomaba.

Junto a su mamá Lina, una mujer alta, de cabello café claro, nariz pequeña y pestañas largas, y su papá César, un hombre de contextura gruesa, pelo corto y apariencia amable, Juan llegó al aeropuerto llevando su maleta roja que tenía pintado a Nemo, su caricatura favorita. Fueron a dejar sus maletas y Juan dice que se las llevó una banda móvil para un cuarto oscuro y que estaba preocupado por cómo la recuperaría, pero que siguieron observándolo todo y sin dejar de asombrarse.

Cuando llegaron a la puerta de entrada había muchos policías y máquinas de metal por donde pasaban las personas; él comenzó a hacer la fila e imaginaba que se lo iban a llevar a la cárcel, como en las series y películas de televisión. Cuando llegó su turno, tomó la mano de su padre que le daba confianza pero siguió muy nervioso, al acercarse más y más al guarda de seguridad, un hombre de piel morena, delgado y muy serio, quien le tomó los boletos y le dijo: ¡Listo campeón, feliz viaje! Juan pensó: "¡Uf! Qué susto...Ya pasó todo", y confirmó que no se lo llevarían a la cárcel.

Pasados treinta minutos de espera, por micrófono anunciaron que los pasajeros del vuelo 1706 de

Avianca, podían abordar por la puerta de embarque número 7. Cuando llegó al avión, Juan vio a la azafata y le dijo a sus padres que parecía una doctora; su papá, entre risas, le respondió que ellas estaban ahí para ayudar a las personas que necesiten algo durante el viaje. La azafata se aseguró de que supieran cuál asiento debían ocupar y le dijo a Juan: "Hola jovencito, feliz viaje".

Ya estaba sentado en el avión rumbo a la hermosa Isla de San Andrés, ubicada en el corajudo mar Caribe, cuando escuchó que decían que el vuelo duraría una hora y trece minutos aproximadamente, pues quedaba muy al norte de Colombia, en medio del mar de los siete colores. Él sintió una emoción indescriptible, pero a la vez tuvo miedo y angustia, ya que se preguntaba cómo era posible que algo tan grande y pesado lograra atravesar el cielo, cuando veía en la calle vehículos muy pequeños, sin la posibilidad de volar. Desde muy niño, admiraba los aviones, le encantaban y su sueño era manejar uno, vestir con camisa blanca, pantalones largos y corbata, ¡ah! y una linda y elegante gorra.

El avión avanzó lentamente, giró y fue tomando velocidad. Cada vez avanzaba más rápido y Juan sintió un vacío que le dio risa. "Estábamos en el aire, no lo podía creer", comentó emocionado y añadió "todo al otro lado de la ventana se hacía más pequeño cada vez que el avión subía para perderse en las nubes y llegamos tan lejos, casi tocando el sol, flotando sobre aquellos algodones de lana pura".

El sueño de Juan se estaba cumpliendo. Luego, a él le dio mucha curiosidad de saber cómo era el baño, al entrar vio un cuarto pequeño y lindo y aunque temblaba, Juan todo lo disfrutaba. Pasó un tiempo y cinco minutos antes de aterrizar el chico observó una isla "como en forma de caballito de mar". El avión estaba bajando y Juan pensó que aterrizarían en el mar, pero cuando tocaron tierra, lo más anhelado por él se había cumplido: ¡había montado en avión por primera vez!

Yo dejo huella

Valentina Chala Machado

Grado Sexto

I.E. Concejo de Medellín - Medellín

Tallerista Sara Londoño

Facultad de Educación

Universidad de San Buenaventura

El 26 de enero de 2016 se inició en la Institución Educativa Concejo de Medellín, ubicada en el barrio La Floresta, el proyecto “Dejando Huella” con los grupos de sexto y séptimo. Yo, Valentina Chala Machado, del grupo sexto seis hago parte de este proyecto, el cual fue formado con el fin de crear conciencia ambiental en los estudiantes y sus familias, al enseñarles distintas formas de ahorrar energía, agua y electricidad, además de reciclar y reutilizar.

La profesora Lina Vásquez fue quien tuvo la iniciativa en el año 2014, con el fin de mostrar la importancia de proteger el medio ambiente. Ella hizo un artículo sobre este proyecto, el cual fue tan bueno que lo publicaron en Brasil y Ecuador, en distintos idiomas como español y portugués.

En el primer periodo, cuando comenzamos con este trabajo, sólo nos enfocamos en el Nodo Científico que reúne las materias de Ciencias Naturales, Matemáticas, Tecnología e Informática. Mientras Lina nos explicaba en ese momento las normas Icontec y muchas otras cosas más para poder realizarlo muy bien; la profesora, Clara Rivera, de Matemáticas, nos explicó cómo leer los diagramas de barras, y Óscar Osorio, de Ciencias, nos explicó todo acerca del cuidado del medio ambiente.

En este periodo eligieron a dos niños por grupo para ir a una charla de la empresa “Portafolio Verde”, que nos asesoró en esta aventura y a la cual yo también asistí. Allí nos explicaron muchas cosas que nos ayudaron mucho con el proyecto porque teníamos que hacer la conclusión de una página, por ejemplo, nos hablaron sobre los niveles

de contaminación dependiendo del medio de transporte que utilizamos.

En esa charla y también en el colegio, con lo del proyecto, nos contaron que el carro es el mayor contaminante de todos los medios de transporte, pero esto depende de la forma en que lo utilices porque, por ejemplo, si a la hora de ir al colegio mi mamá me lleva sólo a mí en el carro, estoy contaminando, y más si es un carro grande; en cambio, si tengo amigos que viven cerca y los puedo llevar ahí, ya estoy contaminando menos. Por eso, cuando yo monto en carro nunca voy sola, sino que nos vamos el novio de mi hermana, mi hermana, mi sobrino y yo, así este queda lleno y vamos haciendo diferentes paradas: primero dejamos a mi sobrino en la guardería, a mí me dejan en el colegio y después ellos se van juntos, ya que trabajan en la misma parte.

En el segundo periodo, los otros profes del colegio se dieron cuenta de que el proyecto era muy bueno, así que decidieron reunir todas las materias, lo que hizo que éste fuera mucho más grande. ¿Cómo fue que lo lograron? Muy fácil, por ejemplo, como había que entregar era una trabajo escrito, se nos ocurrió hacer la portada a mano con algo referente a el proyecto “Dejando Huella” y eso tenía que ver con Artística; para Sociales hicimos el dibujo del barrio donde vivimos y le pusimos su

ubicación; y así sucesivamente fuimos integrando todas las otras materias.

En la mitad de ese periodo eligieron a un niño por grupo para asistir a un semillero del periódico “El Colombiano”, llamado Prensa Escuela, el cual fue orientado por Sara Londoño y acompañado por la profesora Lina Vásquez, en el cual, como producto final, escribimos crónicas acerca del proyecto.

Con “Dejando Huella” he aprendido muchas cosas, entre ellas diferentes formas de ahorrar agua, por ejemplo, al vaciar el baño se pueden gastar entre seis y siete litros de agua, por eso, para no gastar tanta podemos meter una botella mediana para que no se desperdicie tanto líquido al llenar y vaciar el tanque. Otra forma de ahorrar energía es que si todos estamos viendo el mismo programa de televisión cada uno en una pieza diferente, podemos reunirnos en un solo televisor. También, en vez de cada uno trabajar en lugares diferentes de la casa prendiendo muchas luces, podemos hacerlo en la misma parte y así utilizar menos energía.

Yo también realizo otra actividad que no sólo es la que más me divierte, sino que no contamina y así cuido el medio ambiente: montar en bicicleta. Además, las bicis son una forma de hacer ejercicio. Por ejemplo, si voy a un lugar que no me queda ni tan cerca ni tan lejos de mi casa puedo ir en ella en vez de ir en carro que contamina mucho, ni caminando que no sólo me aburre sino que a veces me cansa demasiado.





NOVIEMBRE DE 2016
prensaescuela@elcolombiano.com.co
http://prensaescuela.elcolombiano.com
Teléfono: (57) 4 - 335 93 55

CONTRAPORTADA

El aroma de la niñez

Stiven Castaño Vargas

Licenciado en Ciencias Sociales
Asesor del programa Ondas
Ciudad Bolívar- Antioquia

Con su texto, Stiven renueva la esperanza de una educación que reconoce al ser humano, lo acompaña y se maravilla con él. Reflexiona sobre el valor de contextualizar el proceso de formación y descubrir los talentos de los niños, sobreponiéndose a la tiranía del currículo. Stiven capta en esta crónica la esencia de los lugares y las personas con un lenguaje fino que evoca dulces imágenes de una vida campesina posible: digna y próspera.

**Equipo Coordinador
de Prensa Escuela**

Apenas hay luz y ya ha abierto los ojos. El olor de la aguapanela llega hasta su cama, sirviéndole de despertador. Su madre le aproxima una taza del energético dulce a la cama; sorbe los primeros tragos y mete sus piecitos aún calientes en las frías botas. La habitación, además de a aguapanela, huele a húmedo, a madera e incluso hasta allí llega el olor del fermentar de la pulpa de café. Se pone un saco aún más lanudo que la cobija que antes le guardó el sueño y abre la ventana de la habitación. Los cafetales que ayer decoraban frondosamente el cerco de la casa no se alcanzan a ver por el espesor de la nube que cubre a esas horas la vereda.

En la noche llovió, por eso es difícil transitar el empinado camino que va desde la casa hasta la carretera. En el descenso, ya un poco más despierto, se deja sorprender por todo: la lagartija que va a estas horas rumbo a su escondite, las flores que pintan levemente el paisaje homogéneo, e incluso ese árbol plateado que se adelanta para mover con malicia al paso de su hermano haciendo que sobre éste llueva el frío rocío mezclado con lluvia de la noche anterior.

Una vez fuera del abrupto camino, en la carretera empieza a enumerar todas las especies de café que conoce: Caturro, Castillo, Colombia, Pajarillo, Catimore, y otras tantas variedades que su padre rápidamente le corrige por tratarse más bien de distintas formas de nombrar las anteriores. Intento grabármelas, pero no lo consigo. Se burla de mi ignorancia. Le parece increíble que no sepa la diferencia entre las variedades de café. Es consciente de muchas cosas; por ejemplo, conoce la dependencia que trae el monocultivo, ya ha visto cómo muchos animales silvestres han dejado de frecuentar la vereda e incluso explica el efecto de la deforestación en el suelo.

Luego de una “cuadra” llegamos al tajo que le correspondía. Su padre le dice que para él son las últimas cuatro hileras, la zona que tiene los

palos con las ramas más bajas. Me quedo observando las herramientas con las que trabajan y, en un despiste, ya se me ha perdido. Solo veo su gorrita colorada saltando velozmente entre el cafetal rumbo hacia lo más profundo de la ladera. Apenas empiezo a bajar, y pega un grito: “¡Profel, venga pues para contarle cómo es que se coge el café”.

Yo llego sudando y él apenas tiene un poco enrojecidos los cachetes. Me dice:

- “Usted comienza por la rama más alta, de ahí para abajo”. Las manos se ponen como si fuera a coger la ramita, y ahí sí comienza a mirar el café que está rojo y a jalarlo.

Sus diminutos dedos apenas si logran ser más grandes que los granos que extrae. Del centro del arbusto hacia la punta de la rama se articulan las falanges del pulgar e índice como si fuesen las levas de una tejedora industrial. En menos de diez segundos ya ha cogido los frutos de toda una rama; en tres minutos el arbusto ya está listo. Con la seguridad que da la experiencia, continúa la explicación.

- “La gente dice que el truco es la velocidad de las manos, sabiendo que lo rápido son los ojos, en el escoger del café maduro, y también en la limpieza del palo de la broca”.

Es el mejor trabajador de esa zona; pero no tiene edad ni para tener novia. A pesar de estar influenciado por las ideas cosmopolitas que llegan al campo, es plenamente feliz madrugando un sábado a coger café con su padre. No es el “mejor” de su clase, pero seguro, cuando sea más mayor será uno de los hombres más ricos del sector, pues a pesar de su edad reconoce cualquier oportunidad de negocio.

A la hora del desayuno, casi un almuerzo, torna taciturnos sus ojos al hablar de su ternerita, Paquita, que fue el regalo que su abuelo le dio al cumplir seis años. Era casi dorada y sus ojos parecían canicas negras. A Paquita la mató un rayo, una tormenta atraída por los pinos que rivalizan con los cafetos. Desde eso él odia los pinos y

también los eucaliptos, pues le recuerdan el trágico fallecer de su compañera.

El rigor del deber me obliga a dejarlo ahí, en el cafetal. De camino a la escuela me asalta una extraña sensación. Nunca, en más de seis años de formación como maestro, había tenido la oportunidad de acercarme a la realidad rural desde el rostro de un niño.

Aquel muchachito me hizo preguntarme qué tan pertinente es la escuela, con toda su moderna estrategia para modelar las mentes, los cuerpos, y los sueños de aquellos que sin saberlo oponen sus ideas a los conceptos urbanos. ¿Qué tan imponente es mi quehacer si solo se centra en trasladar las ideas y conceptos a un contexto en el que no operan? ¿Cómo, y sobre todo, para qué, hablar de mares, pirámides o fronteras donde las ideas del paisaje están enmarcadas en verdes laderas? ¿Qué tiene mayor validez: los conceptos eurocéntricos o el saber construido a través de la clara experiencia?

Este relato surge del acompañamiento de una investigación realizada con el Programa Ondas, del Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia, “Diario de un café”, una experiencia documental desarrollada por niños de quinto de primaria de la Institución Educativa Farallón. Este proyecto del ámbito rural busca conocer y relatar las relaciones sociales que emergen, a partir de la producción del café en el corregimiento Alfonso López, del municipio Ciudad Bolívar.

Al término del proceso empecé a escribir esta historia, pensando en que tal vez es más lo que he aprendido yo de la otra niñez, la rural, que lo que han aprendido esos chicos de la investigación y la ciencia.

